José Antonio Pagola

JESUCRISTO

Catequesis Cristológicas

http://www.mercaba.org/FICHAS/JESUS/003-01.htm

ÍNDICE GENERAL

Introducción
1. Importancia de Jesucristo para el cristiano
2. El camino recorrido por los primeros creyentes
3. El camino que recorremos nosotros

Jesús de Nazaret
1. Algunos datos históricos
2. Jesús personaje inclasificable
3. Rasgos fundamentales de la actuación de Jesús
   a) Jesús, hombre libre
   b) Obediencia radical al Padre
   c) Un hombre para los demás
   d) Cercanía a los necesitados
   e) Servicio liberador
   f) Fidelidad hasta la muerte
4. El enigma de Jesús
   a) La autoridad de Jesús frente a la Ley
   b) La concesión del perdón a los pecadores
   c) El comienzo de la liberación del hombre
   d) La invocación a Dios como Padre

Para continuar el estudio de Jesús
1. Lectura
2. Preguntas para una reflexión
3. Bibliografía

La muerte de Cristo
1. La ejecución de Jesús de Nazaret
2. Jesús ante su propia muerte
3. La muerte de Jesús interpretada desde la fe en la resurrección
   - La muerte del Profeta
   - La muerte de Justo
   - La muerte del Siervo
4. El valor redentor de la muerte de Jesucristo
5. Sentido cristiano de la muerte y el sufrimiento
   - La muerte cristiana
   - Sentido cristiano del sufrimiento

Para continuar el estudio de la muerte de Jesús
1. Lectura
2. Preguntas para una reflexión
3. Bibliografía

La resurrección de Jesucristo
1. Los documentos
   - Las confesiones de fe y los cánticos
   - La predicación misionera
   - Los relatos evangélicos
2. El encuentro de los primeros creyentes con el Resucitado
   - El Crucificado se deja ver vivo
   - Un encuentro que afecta al hombre entero
   - El descubrimiento del enigma de Jesús
   - Acontecimiento transformador
   - Llamada a una misión
   - Experiencia prolongada en la vida
3. La resurrección de Jesús

- No es un retorno a su vida anterior
- No es una supervivencia de su alma inmortal
- No es una prodigiosa operación biológica
- No es una permanencia de Jesús en el recuerdo de los suyos
- Intervención resucitadora de Dios

4. La resurrección, punto de partida para descubrir a Cristo
   - Legitimación de la vida y el mensaje de Jesús
   - El valor salvador de la muerte de Jesús
   - Jesús confesado como Mesías e Hijo de Dios
   - El Señor vive para siempre en Dios
   - El Resucitado vive en medio de los creyentes
   - El retorno del Resucitado
5. La resurrección, buena noticia para los hombres

Para continuar el estudio de la resurrección de Jesús

1. Lectura
2. Preguntas para una reflexión
3. Bibliografía

La fe en Cristo resucitado

1. Una fe nueva en Dios, Padre de Jesucristo
   - Dios, fiel a sus promesas
   - Dios vencedor de la muerte
   - Dios, futuro del hombre
   - Dios, protesta contra el mal
2. Una fe nueva en Jesús, resucitado por el Padre
   - Jesús, nuestro Salvador
   - Jesús, Hijo de Dios vivo
   - Jesús, vivo en su comunidad
   - El encuentro con Jesús vivo
   - Cristo resucitado, futuro del hombre
3. Una fe nueva en la vida del hombre
   - El mal no tiene la última palabra
   - La historia del hombre tiene una meta
   - Una nueva fuerza liberadora
   - La fuerza resucitadora del amor
4. Algunos rasgos de la esperanza cristiana
   - Realismo
   - Inconformismo
   - Compromiso
   - En comunidad
   - Esperanza cristiana y esperanza humana

Para continuar el estudio de nuestra fe en Cristo resucitado

1. Lectura
2. Preguntas para una reflexión
3. Bibliografía

Jesús, Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación

1. La fe en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre
   - Jesús, experimentado como hombre
   - Jesús, distinto del Padre
   - La unión de Jesús con el Padre
   - Jesús confesado como hijo de Dios
   - La búsqueda de nuevas fórmulas de fe en Jesucristo
2. El gran gesto de Dios: hacerse hombre
   - El acontecimiento decisivo de la historia
   - Semejante en todo a nosotros
   - Excepto en el pecado
3. Jesús, revelación del Dios Salvador
4. Jesús, revelación del verdadero hombre
   - El hombre, imagen de Dios
   - El hombre, lugar de encuentro con Dios
5. Algunas exigencias de nuestra fe en Jesucristo

Para continuar el estudio de la encarnación del Hijo de Dios

1. Lectura
2. Preguntas para una reflexión
3. Bibliografía

INTRODUCCION

Para un cristiano, Cristo es la verdad última de la vida, el criterio supremo de actuación y la única esperanza de salvación y liberación definitiva.

1. Importancia de Jesucristo para el cristiano

La fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teóricas sino en aceptarle a Cristo, creerle a Cristo y descubrir en él la última verdad desde la cual podemos iluminar nuestra vida, interpretar la historia del hombre y dar sentido último a esa búsqueda de liberación que mueve a toda la humanidad. El cristiano es, por tanto, un hombre que en medio de las diferentes ideologías e interpretaciones de la vida, busca en Jesucristo el sentido último de la existencia.

La fe cristiana no consiste tampoco en observar unas leyes y prescripciones morales procedentes de la tradición judía (v. gr. los diez mandamientos), sino aceptar a Cristo como modelo de vida en el que podemos descubrir cuál es la tarea verdadera que debe realizar el hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que frente a diversas actitudes y estilos de vivir y comportarse, acude a Cristo como criterio último de actuación ante el Padre y ante los hombres.

La fe cristiana no es tampoco poner nuestra esperanza en un conjunto de promesas de Dios más o menos generales, sino apoyar todo nuestro futuro en Jesucristo nuestro Salvador, muerto por los hombres pero resucitado por Dios, el único del que podemos esperar una solución definitiva para el problema del hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que en medio de los fracasos y dificultades de la vida y frente a diferentes promesas de salvación, espera de Cristo resucitado la salvación definitiva del hombre.

Por eso, en cualquier época, los creyentes que deseen vivir fielmente su fe cristiana, tendrán que preguntarse una y otra vez: ¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Quién es hoy Cristo para nosotros? ¿Qué podemos esperar de El?

2. El camino recorrido por los primeros creyentes

Jesús de Nazaret apareció en el pueblo judío como un personaje con rasgos propios de profeta, que, después de la muerte de Juan el Bautista, causó un fuerte impacto en la sociedad judía. La originalidad de su mensaje y de su actuación despertó la expectación política y las esperanzas religiosas dentro de su pueblo. Sin embargo, muy pronto se convirtió en motivo de discusiones apasionadas, fue rechazado por los sectores más influyentes de la sociedad judía y terminó su vida muy joven, ejecutado por las autoridades romanas que ocupaban el país.

Jesús de Nazaret, terminado en el fracaso total ante su pueblo, los dirigentes religiosos e incluso, ante sus seguidores más cercanos, parecía estar destinado al olvido inmediato. Sin embargo no fue así. A los pocos días de su muerte, el círculo de sus desalentados seguidores vivió una experiencia única: aquel Jesús, crucificado por los hombres, ha sido resucitado por ese Dios al que Jesús invocaba con toda su confianza como Padre.

A la luz de la resurrección, estos hombres volvieron a recordar la actuación y el mensaje de Jesús, reflexionaron sobre su vida y su muerte, y trataron de ahondar cada vez más en la personalidad de este hombre sorprendentemente resucitado por Dios. Recogieron su palabra no como el recuerdo de un difunto que ya pasó, sino como un mensaje liberador confirmado por el mismo Dios y pronunciado ahora por alguien que vive en medio de los suyos. Reflexionaron sobre su actuación, no para escribir una biografía destinada a satisfacer la curiosidad de las gentes sobre un gran personaje judío, sino para descubrir todo el misterio encerrado en este hombre liberado de la muerte por Dios.

Empleando lenguajes diversos y conceptos procedentes de ambientes culturales diferentes, fueron expresando toda su fe en Jesús de Nazaret. En las comunidades de origen judío reconocieron en Jesús al Mesías (el Cristo), tan esperado por el pueblo, pero en un sentido nuevo que rebasara todas las esperanzas de Israel. Reinterpretaron su vida y su muerte desde las promesas mesiánicas que alentaban la historia de Israel. Y fueron expresando su fe en Jesús como Cristo atribuyéndole títulos de sabor judío (Hijo de David, Hijo de Dios, Siervo de Yavé, Sumo Sacerdote…) En las comunidades de cultura griega, naturalmente, se expresaron de manera diferente. vieron en Jesús al único Señor de la vida y de la muerte, reconocieron en él al único Salvador posible para el hombre y le atribuyeron títulos de sabor griego (Imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, Cabeza de todo…)

De maneras diferentes, todos proclamaban una misma fe: en este hombre Dios nos ha hablado. No se le puede considerar como a un profeta más, portavoz de algún mensaje de Dios. Este es la misma Palabra de Dios hecha carne (Jn 1, 14). En este hombre Dios ha querido compartir nuestra vida, vivir nuestros problemas, experimentar nuestra muerte y abrir una salida a la humanidad. Este hombre no es uno más. En Jesús, Dios se ha hecho hombre para nuestra salvación.

3. EL camino que recorreremos nosotros

La primera comunidad fue descubriendo el misterio encerrado en Jesús a partir de una doble experiencia: el contacto con Jesús durante su vida y su exaltación después de la ejecución en la cruz.

Si queremos nosotros seguir los pasos de esta comunidad, debemos evitar dos errores: 1) El partir únicamente de su resurrección, olvidando totalmente quién fue Jesús de Nazaret, cómo actuó, qué postura adoptó ante la vida, etc. En este caso, podríamos llegar a afirmaciones muy solemnes sobre Jesús y llamarlo Señor, Mesías, Salvador, Hijo de Dios, etc., pero desconoceríamos su personalidad concreta y no podríamos aprender de él cómo debemos enfrentarnos a la vida para alcanzar un día la resurrección. 2) El partir únicamente de su historia terrestre olvidando la resurrección que da sentido a toda su vida y su muerte. En este caso, nos informaríamos de la vida de un gran hombre, llamado Jesús, pero nunca llegaríamos a descubrir su verdadera originalidad como liberador definitivo de este hombre que termina siempre fatalmente en la muerte.

Por eso, recorreremos el siguiente camino:

1) Trataremos de recoger algunos aspectos fundamentales de Jesús de Nazaret que nos ayuden a revivir de alguna manera la imagen de aquel hombre que tanto impresionó a sus contemporáneos.

2) Trataremos de penetrar en la experiencia pascual de los primeros cristianos para comprender mejor qué es creer en Cristo resucitado.

3) Trataremos de conocer mejor la fe de los cristianos que se atreven a afirmar algo tan original como escandaloso: en Jesús de Nazaret Dios se ha hecho hombre por nuestra salvación.

1
Jesús de Nazaret

Trataremos de trazar la imagen de Jesús de Nazaret recorriendo los siguientes puntos:

1.- Algunos datos históricos.

2.- Jesús, personaje inclasificable.

3.- Rasgos fundamentales de la actuación de Jesús.

4.- El enigma de Jesús.

1. ALGUNOS DATOS HISTORICOS

Los evangelistas, preocupados de descubrir a sus lectores el misterio encerrado en Jesús de Nazaret y en su mensaje, no nos han dejado de él ninguna biografía. Los investigadores se esfuerzan hoy por conocer algunos datos históricos sobre su vida. Son pocos los puntos en los que se llega a un acuerdo mayoritario pero nos ofrecen ya un cuadro histórico suficiente en donde podemos situar a Jesús de Nazaret.

Ningún investigador serio duda hoy de la existencia de Jesús de Nazaret. Se discute sobre las fechas de su nacimiento y de su ejecución. Los autores solo coinciden en que Jesús nació antes del año 4 a.C. Sobre su muerte, son bastantes los que aceptan como fecha aproximada el año 30.

Jesús es judío. Su madre es María. Su patria es Galilea, una región semipagana, despreciada por muchos judíos. Su lengua materna es el arameo aunque conocería también el hebreo, la lengua litúrgica del pueblo

en aquella época.

Después de una vida ordinaria de trabajador, Jesús recibe el bautismo de Juan y comienza, a continuación, una actividad de predicación por la región de Galilea y más tarde por Judea y Jerusalén. Emplea un lenguaje sencillo, concreto, agudo, que resulta inconfundible cuando se vale de pequeñas parábolas extraídas de la observación atenta de la naturaleza y de la vida. El tema central de toda su predicación es la llegada del Reinado de Dios.

Jesús ha realizado curaciones que resultaban inexplicables para los testigos y en donde sus contemporáneos ciertamente han visto la acción salvadora de Dios. Los milagros ocupan un lugar tan importante en los evangelios que es imposible rechazarlos todos como un invento posterior de la comunidad cristiana. El estudio crítico de los relatos evangélicos puede llevarnos a dudar de si tal hecho concreto ocurrió o no tal como es relatado, pero, en conjunto, no es legítimo negar la actividad milagrosa de Jesús.

Aunque muchos detalles del proceso y de la muerte de Jesús son objeto de discusión, es un hecho seguro que Jesús ha sido crucificado en Jerusalén, acusado de revolucionario político ante las autoridades romanas.

Naturalmente, estos datos no son lo único que podemos saber con certeza de Jesús y, sobre todo, no son lo más importante, como veremos enseguida. Son únicamente algunos elementos que nos ayudan a encuadrar históricamente su figura y que se pueden obtener de los escritos evangélicos a pesar de que no han querido ofrecernos una biografía de Jesús.

2. JESUS PERSONAJE INCLASIFICABLE

Todos los intentos de clasificar a Jesús dentro de los modelos de su tiempo resultan vanos. No es posible encerrarlo en ningún grupo determinado dentro de la sociedad judía.

Jesús *no es un sacerdote judío*. No pertenece a la alta clase sacerdotal de Jerusalén ni a las modestas familias de la tribu de Leví que se ocupan del culto judío. Jesús es un laico, un seglar dentro de la sociedad judía (Heb 7, 13-14). Sin embargo, se atreve a criticar la actuación de los sacerdotes que han convertido la liturgia del templo en un medio de explotación a los peregrinos (Mc 11, 15-19) y su despreocupación a la hora de acercarse a los hombres verdaderamente necesitados de ayuda (Lc 10, 30 - 37).

Jesús *no es un saduceo*. No pertenece a esos grupos representantes de la alta aristocracia judía que adoptaban una postura conservadora tanto en el campo político como religioso. Por una parte, colaboraban con las autoridades romanas para mantener el orden establecido por Roma que, de alguna manera, favorecía sus intereses. Por otra parte, rechazaban cualquier renovación en la tradición religiosa y cultural del pueblo. Jesús es un hombre de origen modesto, que camina por Palestina sin un denario en su bolsa, y que ha vivido muy alejado de los ambientes saduceos. Su libertad frente a las autoridades romanas y su enfrentamiento cuando se oponen a su misión (Lc 13, 31-33) no recuerda la diplomacia saducea. Por otra parte, Jesús ha rechazado la teología tradicional saducea (Mt 22, 23-33).

Jesús *no es un fariseo*. Los fariseos constituían un grupo no muy numeroso(quizás unos 6.000) pero muy influyente en el pueblo. Muchos de ellos pertenecían a la clase media y vivían formando pequeñas comunidades, evitando el trato con gente pecadora. Se caracterizaban por su dedicación al estudio de la Torá, su obediencia rigurosa a la Ley (sobre todo el sábado), la observancia de prescripciones rituales, ayunos, purificaciones, limosnas, oraciones, etc. Jesús ha vivido enfrentando a la clase farisea adoptando un estilo claramente antifariseo. Se mueve libremente en ambientes de pecadores, dejándose rodear de publicanos, ladrones y gente de mala fama. Condena con firmeza la teología farisea del mérito, de aquellos hombres que se sienten seguros ante Dios y superiores a los demás (Lc 18, 9-14). Critica su visión legalista de la vida y coloca al hombre no ante una Ley que hay que observar, sino ante un Padre al que debemos obedecer de corazón (Mt 5, 20-48). Rechaza violentamente la hipocresía de aquellos hombres que reducen la religión a un conjunto de prácticas externas a las que no responde una vida de justicia y amor (Mt 23).

Jesús *no es un terrorista zelota* ni ha tomado parte activa en el movimiento de resistencia armada que ha ido cobrando fuerza en el pueblo judío en su intento de expulsar del país a los romanos y establecer con la fuerza armada el reino mesiánico. Jesús ha vivido en ambientes en donde se respiraba esta esperanza.

Además su libertad y su actitud crítica ante las autoridades (Lc 13, 32; 20,25; 22, 25-26), ante los ricos y poderosos (Lc 6, 24-25; 16, 19-31), y sobre todo, el anuncio del Reinado de Dios hizo posible que fuera acusado de revolucionario. Pero, Jesús no ha participado en la resistencia armada contra Roma. No ha pretendido nunca un poder político-militar. Su objetivo no era la restauración de la monarquía davídica y la constitución de un nación judía libre bajo el único imperio de la Ley de Moisés. Su mensaje rebasa profundamente los ideales del zelotismo.

Jesús *no es monje* de Qumrán. No pertenece a esta comunidad religiosa que vive en el desierto, a orillas del Mar Muerto, separada del resto del pueblo, esperando la llegada del reino mesiánico con una vida de observancia rigurosa de la Ley, ayunos y purificaciones rituales. Jesús no vive retirado en el desierto como Juan el Bautista. Sus discípulos no ayunan (Mc 2,18). Jesús participa en banquetes con gente de mala fama (Mt 9, 10-13). No ha querido organizar una comunidad de gente selecta, separada de los demás. Su mensaje está dirigido a todo el pueblo, sin distinciones. Incluso, se siente enviado a llamar especialmente a los pecadores (Lc 5, 32). Aunque el hallazgo de los manuscritos de Qumrán en 1947 nos ha descubierto grandes semejanzas entre esta comunidad judía y las primeras comunidades cristianas, debemos decir que la postura de Jesús ante la Ley, la primacía que concede al amor y al perdón, su predicación del Reino de Dios y su cercanía a los pecadores lo distancian profundamente del ambiente que se respiraba en Qumrán.

Jesús *no es un rabino* aunque algunos contemporáneos lo hayan llamado así. Jesús, sin una sede doctrinal fija, rodeado de gente sencilla, pecadores, mujeres, niños… no ofrece la imagen típica del rabino de aquella época. Ciertamente Jesús no es un rabino dedicado a interpretar fielmente la Ley de Moisés para aplicarla a las diversas circunstancias de la vida. Por otra parte, Jesús habla con una autoridad desconocida, sin necesidad de citar a ningún maestro anterior a él, e, incluso, sin apelar a la autoridad de Moisés. La gente era consciente de que enseñaba "como quien tiene autoridad y no como los escribas" (Mc 1, 22).

Jesús *no es un profeta* más en la historia de Israel. Es cierto que fue considerado por sus contemporáneos como un profeta de Dios (Mt 21, 11; 21, 46; Lc 7 16). Es cierto que Jesús adoptó en su actuación un estilo profético como aquellos hombres portadores del Espíritu de Yavé y portavoces de la Palabra de Dios para el pueblo. Pero Jesús no es un profeta más dentro del pueblo judío. Jesús no siente la necesidad de legitimar su predicación aludiendo a una llamada recibida de Yavé, como hacen los profetas judíos (Am 7, 15; Is 6, 8-13; Jer 1, 4-10). Tampoco emplea el lenguaje propio de los profetas que se sienten meros portavoces de la palabra de Yavé: ("Así habla Yavé", "Escuchad lo que dice Yavé", "Es oráculo de Yavé"); Jesús emplea una fórmula típica suya, totalmente desconocida en la literatura profética y que manifiesta una autoridad plena y sorprendente: "En verdad, en verdad yo os digo…" ("Amén, amén). Además, Jesús no se mueve, como los profetas, en el marco de la alianza entre Yavé e Israel para hablar al pueblo de las exigencias de la Ley, de las promesas del Dios aliado con el pueblo o de los castigos que les amenazan como consecuencia de la inobservancia de la alianza. Jesús anuncia algo totalmente nuevo: el Reinado de Dios empieza ya a ser realidad.

3. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA ACTUACION DE JESUS

La lectura atenta de los Evangelios nos permite recoger los rasgos fundamentales de Jesús de Nazaret y tomar conciencia de la imagen que tenían de su personalidad los primeros creyentes.

a. Jesús, hombre libre

La libertad sorprendente de Jesús es el dato primero y mejor confirmado tanto por la oposición de sus adversarios como por la admiración del pueblo y la adhesión de sus seguidores. Jesús se impone como un hombre libre frente a todo y frente a todos los que puedan obstaculizar su misión.

Jesús es un hombre libre frente a sus familiares que tratan de apartarle de su vida peregrinante de anuncio de una Buena Noticia (Mc 3,21. 31-35).

Jesús se mantiene libre frente al círculo de sus amigos que quieren dictarle cómo debe ser su conducta, en contra de la voluntad última del Padre (Mc 8, 31-33).

Jesús, salido de los ambientes rurales de Galilea, se atreve a enfrentarse y criticar libremente a los escribas, especialistas de la Ley, las clases cultas de la sociedad judía (Mt 23).

Jesús manifiesta una libertad total frente a la presión social ejercida por las clases dominantes y, de

manera especial, por los grupos fariseos que retienen indebidamente el poder de interpretar la Ley.

Jesús es libre frente al poder político de las autoridades romanas sin entrar en cálculos políticos y juegos diplomáticos (Lc 13, 31-32; Mt 20, 25-28). De la misma manera, se enfrenta con entera libertad a los dirigentes religiosos del Sanedrín judío (Mc 14, 53-60).

Jesús no se deja arrastrar tampoco por la estrategia de las fuerzas de resistencia a los ocupantes romanos (Mc 4, 26-29; Jn 6, 15) defraudando así ilusiones de muchos que esperaban un reino judío mesiánico dominador del mundo entero.

Jesús no se deja esclavizar por "las tradiciones de los antiguos" que alejaban a los judíos de la verdadera voluntad de Dios (Mc 7, 1-12). Tampoco se ata a las últimas corrientes rabínicas que circulan en la sociedad judía (Mt 19, 1-9).

Jesús se manifiesta libre frente a ritos, prescripciones y leyes litúrgicas que quedan vacías de sentido si se olvida que deben estar al servicio del hombre (Mc 3, 1-6; 2, 23-28) y orientadas hacia un Dios que "quiere amor y no sacrificios" (Mt 12, 1-8).

Esta libertad total de Jesús tanto en su palabra como en su actuación, irrita a los defensores del sistema legal judío que desean asegurar su interpretación de la Torá, despierta las esperanzas del pueblo que comienza a descubrir un sentido nuevo a la vida y logra la adhesión de algunos seguidores. ¿Dónde está el origen y la explicación de esta libertad de Jesús?

b. Obediencia radical al Padre

Jesús es totalmente libre porque vive entregado enteramente a cumplir la voluntad de un Dios al que él llama "Padre". Hay una constante clara en la vida de Jesús de Nazaret: su fe total en el Padre, su obediencia radical al Padre. Lo que alimenta su vida y da sentido a toda su actuación es hacer la voluntad del Padre (Jn 4,34).

Más concretamente, Jesús se descubre a sí mismo como llamado por el Padre a anunciar una Buena Noticia a las gentes: "Dios está cerca del hombre". El objetivo último de toda su vida es arrastrar a los hombres hacia una gran esperanza que le anima a él mismo desde dentro: hay salvación para el hombre. Hay futuro. Dios mismo quiere intervenir en la historia humana, adueñarse de la vida del hombre y hacer posible nuestra verdadera liberación. "Llega ya el Reinado de Dios".

Toda la vida de Jesús está orientada a anunciar a los hombres esta Buena Noticia, la mejor que los hombres podían escuchar (Lc 4. 18-19). Porque el Dios que viene a reinar en la vida del hombre no es un tirano, un dictador, un señor vengativo o caprichoso, que busca su propio interés. Es un Dios liberador, que busca la recuperación de todo hombre perdido (Lc 15, 4-7). Un Dios que sabe preocuparse de los últimos (Mt 20, 1-16), un Padre que sabe acoger y perdonar (Lc 15, 11-32), un Señor que llama a una gran fiesta a todos los hombres por muy pobres, desgraciados y perdidos que se encuentren (Mt 22, 1-14).

Marcos recoge bien esta misión a la que dedicó Jesús toda su vida: "Anunciaba la Buena Noticia de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reinado de Dios está cerca; cambien de mentalidad y crean en esta Buena Noticia" (Mc 1,15).

c. Un hombre para los demás

Jesús es un hombre libre para amar. Un hombre que da siempre la última palabra al amor. Para Jesús ya no es la Ley la que debe determinar cómo debemos comportarnos en cada situación. Es el hombre necesitado el verdadero criterio de actuación. Y toda nuestra vida tiene sentido en la medida en que servimos al hombre necesitado (Lc 10, 29-37).

Así ha vivido Jesús "no para ser servido, sino para servir" (Mc 10, 45). Toda su vida es "desvivirse" por los demás. No encontramos nunca a Jesús actuando egoístamente en busca de su propio interés. No se preocupa de su propia fama (Mt 9, 10-13; 11,19). No busca dinero ni seguridad alguna (Mt 8, 20; Lc 16, 13) No pretende ningún poder (Jn 6, 15). No vive para una esposa suya ni un hogar propio. Es un hombre libre para los demás, un "hombre-para-otros".

Su preocupación es el hombre necesitado. Lo que impulsa toda su vida es el amor apasionado a los

hombres a los que considera hermanos. Un amor amplio, universal (Lc 10, 29-37). Un amor sincero, servicial (Lc 22,27). Un amor que se traduce en perdón a sus ejecutores (Lc 23,. 34; Mt 55,44).

d. Cercanía a los necesitados

Jesús no es neutral ante las necesidades e injusticias que encuentra junto a los pobres, los marginados, los desprestigiados, los enfermos, los ignorantes, los abandonados. Siempre está de parte de los que más ayuda necesitan para ser hombres libres.

Jesús se mueve en círculos de mala reputación, rodeado de gente sospechosa, publicanos, ladrones, prostitutas… personas despreciadas por las clases más selectas de la sociedad judía (LC 7, 36-50).

Jesús se acerca con sencillez a los pequeños, los incultos, los que no pueden cumplir la Ley porque ni siquiera la conocen, hombres despreciados por los cultos de Israel (Jn 9, 34).

Jesús acoge a los débiles, a los niños (Mc 10,13-16), a las mujeres marginadas por la sociedad judía (Lc 8, 2-3; 10, 38-42; 13,10-17).

Jesús se acerca a los enfermos, los leprosos, los enajenados, los impuros, hombres sin posibilidades en la vida, considerados pecadores a los ojos de todo judío (Mc 1, 23-28; 1, 40-45; 5, 25-34).

Jesús defiende a los samaritanos considerados como pueblo extraño e impuro (Lc 9, 51-55; 10, 29-37).

Jesús se preocupa del pueblo humilde, la masa, las gentes desorientadas de Israel (Mc 6, 34; Mt 9, 36), el pueblo agobiado por las prescripciones de los rabinos (Mt 23, 4).

e. Servicio liberador

Jesús no ofrece dinero, cultura, poder, armas, seguridad… pero su vida es una Buena Noticia para todo el que busca liberación.

Jesús es un hombre que cura, que sana, que reconstruye a los hombres y los libera del poder inexplicable del mal. Jesús trae salud y vida (Mt 9, 35).

Jesús garantiza el perdón a los que se encuentran dominados por el pecado y les ofrece posibilidad de rehabilitación (Mc 2, 1-12; Lc 7, 36-50; Jn 8, 2-10).

Jesús contagia su esperanza a los pobres, los perdidos, los desalentados, los últimos, porque están llamados a disfrutar la fiesta final de Dios (Mt 5, 3-11; Lc 14, 15-24).

Jesús descubre al pueblo desorientado el rostro humano de Dios (Mt 11, 25-27) y ayuda a los hombres a vivir con una fe total en el futuro que está en manos de un Dios que nos ama como Padre (Mt 6, 25-34).

Jesús ayuda a los hombres a descubrir su propia verdad (Lc 6, 39-45; Mt 18, 2-4), una verdad que los puede ir liberando (Jn 8, 31-32).

Jesús invita a los hombres a buscar una justicia mayor que la de los escribas y fariseos, la justicia de Dios que pide la liberación de todo hombre deshumanizado (Mt 6, 33; Lc 4, 17-22).

Jesús busca incansablemente crear verdadera fraternidad entre los hombres aboliendo todas las barreras raciales, jurídicas y sociales (Mt 5, 38-48; Lc 6, 27-38).

Si quisiéramos resumir, de alguna manera, la actuación liberadora de Jesús, podríamos decir que desde su fe total en un Dios que busca la liberación del hombre, Jesús ofrece a los hombres esperanza para enfrentarse al problema de la vida y al misterio de la muerte.

f. Fidelidad hasta la muerte

Jesús se nos ofrece en los relatos evangélicos como hombre fiel al Padre, fiel a sí mismo y fiel a su misión hasta la muerte.

Jesús no murió de muerte natural. Fue ejecutado como consecuencia de los conflictos que provocó con su actuación. Por una parte, su actitud ante la Ley de Moisés ponía en crisis toda la institución legal del pueblo judío privando a los dirigentes de Israel de su autonomía religiosa y social. Por otra parte, el anuncio de un Dios abierto a todos los hombres, incluso a los extranjeros y pecadores ponía en crisis el carácter privilegiado del pueblo judío y su alianza con Yavé. El Dios que anunciaba Jesús no era el Dios de la religión oficial judía. Además, Jesús decepcionó profundamente la expectación mesiánica de carácter político que su aparición pudo despertar en grandes sectores de la población.

La ejecución iba a poner a prueba toda la trayectoria de Jesús de Nazaret. El rechazo de todos parecía desmentir, invalidar y reducir al fracaso todo su mensaje de amor y fraternidad humana. Pero, Jesús, abandonado por todos, grita hasta el final: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 22, 34). Además, la crucifixión parecía el signo más evidente del abandono de Dios a su falso profeta, equivocado lamentablemente y condenado justamente en nombre de la Ley. Sin embargo, Jesús aún viéndose abandonado por Dios (Mc 15, 34) grita al morir: "Padre, en tus manos pongo mi vida" (Lc 23, 46).

Jesús murió creyendo hasta el final en el amor del Padre y en el perdón para los hombres. Sin embargo, su muerte en una cruz sellaba el fracaso de un hombre libre y justo, y dejaba en total ambigüedad su mensaje de la venida del Reino de Dios, que con tanta fe había anunciado.

4. EL ENIGMA DE JESUS

Jesús no se ha detenido mucho en hablarnos de sí mismo. Más bien, nos ha hablado con hechos, actuando de una manera tan sorprendente, enigmática y original, que la comunidad cristiana posterior se verá obligada, a la luz de la resurrección, a utilizar diversos títulos que expresen lo mejor posible el misterio encerrado en Jesús.

Ciertamente, Jesús no se ha designado nunca con ciertos títulos que más tarde le atribuirán con razón las comunidades creyentes (Señor Salvador, Hijo de Dios, Palabra de Dios, Imagen del Padre, Dios…). Tampoco es fácil saber si Jesús se ha definido a sí mismo con el título de Hijo del Hombre, aunque muchos piensen así, apoyados en buenas razones.

Más interesante es ver la actitud de Jesús ante el título de Mesías (Cristo). Bastantes de sus contemporáneos han creído ver en Jesús el Mesías esperado en Israel, es decir, el Enviado por Yavé para establecer el reino davídico, liberando al pueblo judío de la dominación romana. Sin embargo, Jesús no se designa a sí mismo con el nombre de Mesías y adopta una postura de reserva cuando otros lo consideran como tal. No niega nunca ser el Mesías pero tampoco acepta este título indiscriminadamente (Mc 8, 29-33). Indudablemente, este título es ambiguo y ambivalente. Jesús no rechaza para sí abiertamente este título que encerraba tantas esperanzas de liberación para el pueblo. Pero, tampoco lo acepta sin más, ya que para muchos evocaba la figura de un liberador político-militar que Jesús no intenta ser. Más tarde, la comunidad cristiana, sin peligro ya de caer en malentendidos o falsas interpretaciones lo llamará así, y precisamente este nombre de Cristo se convertirá en el más importante para recoger la fe de los creyentes que ven en Jesús el verdadero liberador del hombre, el único que puede responder a las esperanzas y aspiraciones de la humanidad.

El testimonio de Jesús sobre sí mismo no debemos pues buscarlo tanto en los nombres que haya podido usar para definirse a sí mismo, sino en la actitud sorprendente y enigmática que ha adoptado durante su vida.

a. La autoridad de Jesús frente a la Ley

Jesús se presenta como el único que puede interpretar legítimamente la Ley de Moisés. Pero además, tiene la audacia de ponerse frente a esa Ley que, para el pueblo judío, recoge de manera suprema la voluntad de Dios. Con una autoridad y libertad sin precedentes, Jesús contrapone a la Ley antigua su nuevo mensaje que contiene, según él, la verdadera voluntad de Dios. ("Se dijo a los antepasados… pero yo os digo" en Mt 5, 21-48).

Jesús no invita a sus contemporáneos a que obedezcan a la Ley de Moisés, sino les pide que escuchen sus palabras (Mt 7, 24-27).

Esta actitud de Jesús es nueva, sorprendente, sin paralelismos en la tradición judía. Al atribuirse una

autoridad que rivaliza y desafía a la de Moisés, Jesús se está colocando por encima de Moisés y está pretendiendo conocer, con certeza suprema e inmediata la voluntad verdadera del mismo Dios (Mt 11, 27). ¿Quién pretende ser Jesús? ¿Cómo puede estar seguro de conocer la verdadera voluntad de Dios? ¿De dónde le viene esta autoridad y libertad para adoptar esta actitud inaudita?

b. La concesión del perdón a los pecadores

Uno de los datos mejor atestiguados sobre Jesús de Nazaret es que ha compartido la misma mesa con pecadores a los que nunca un judío piadoso se hubiera acercado (Mc 2, 15; Lc 15,2). Esta actitud de Jesús no es solamente un desafío a las normas de convivencia y prejuicios de los grupos "selectos" de Israel. No es solo un gesto de solidaridad de Jesús hacia los más despreciados de su sociedad, ofreciéndoles su confianza y amistad. Es algo más profundo. Según la mentalidad judía de la época, compartir el mismo pan y participar juntos en la bendición inicial de Yavé significa sentirse solidarios delante de Dios. Así, Jesús se atreve a unirse a los pecadores delante de Dios y celebrar anticipadamente la fiesta final porque está convencido de que los publicanos y las prostitutas llegan antes al Reino de Dios (Mt 21, 31).

Además, Jesús ofrece el perdón de Dios a estos hombres y mujeres que, según la teología oficial de la época, deberían huir de El (Mc 2m 1-12; Lc 7, 36-50). Y lo hace de manera gratuita, sin exigirles una penitencia previa, con lo cual adopta una actitud sin precedentes en la historia judía. El mismo Bautista acoge a los pecadores pero para hacer penitencia. Jesús los acoge para concederles el perdón de Dios.

Y cuando es criticado por la sociedad judía, Jesús justifica su actuación apelando a la conducta misma de Dios: Dios es amor y perdón. Si él acoge a los pecadores y los perdona es porque al obrar así no hace sino actualizar el perdón de Dios a todo hombre perdido (Lc 15).

Con esta actitud, Jesús no solo se pone en contra de la Ley judía, sino que pasa a ocupar un lugar que, según la convicción y la fe judía, solo puede tener Dios. ¿Cómo puede estar seguro Jesús de que Dios actúa así con los pecadores? ¿Con qué derecho identifica su actuación con la de Dios? ¿Cómo puede pretender enseñar a los hombres a través de su actuación cómo es Dios en realidad?

c. El comienzo de la liberación del hombre

De todos los judíos conocidos en la antigüedad, Jesús es el único que se atreve a afirmar que el tiempo de salvación ya ha llegado. De manera modesta, oculta, casi insignificante, pero con verdadera fuerza, el Reinado de Dios en la vida del hombre se está abriendo camino ya ahora (Mc 4, 30-32; Mt 13, 31-33).

Más concretamente, Jesús vive convencido de que con su actuación y su mensaje, él mismo está ya haciendo realidad la acción salvadora de Dios en medio de los hombres. Los que conviven con él están siendo testigos de algo único (Lc 10, 23-24; 14, 31-32).

Jesús cree en la victoria salvadora de Dios no solo como una realidad futura final, sino como algo que comienza con él, con sus gestos, con su mensaje. Con él se ha asegurado ya la liberación del hombre pues Dios está actuando ya en medio de la vida (Lc 11, 20; Mt 12, 28).

Esto significa que Jesús se considera un factor decisivo para la salvación del hombre. La suerte final de los hombres depende de la postura que adopten ante él (Lc 12, 8). Pero, ¿por qué? ¿Cómo puede Jesús decir: "Quien quiera salvar su vida, la perderá. Pero, quien pierda su vida por mí y por esta Buena Noticia, la salvará"? (Mc 8, 35). ¿Cómo puede asegurar Jesús que Dios ha comenzado de manera decisiva a liberar al hombre precisamente con él, a partir de él?

d. La invocación a Dios como Padre

Jesús, al dirigirse a Dios en su oración, emplea una expresión sorprendente e inusitada. La sociedad que conoció Jesús veneraba tanto la grandeza y majestad de Dios que se evitaba pronunciar el nombre santo de Yavé. En la conversación ordinaria se acudía a otras expresiones o giros (v. g. el Altísimo; el Santo, alabado sea; la Gloria; el Señor de los cielos, etc.). En la lectura litúrgica de las Escrituras era sustituido por el término solemne de "Adonay" (nuestro Señor). Solo, una vez al año lo pronunciaba el Sumo Sacerdote, y lo hacía en medio de música y cantos litúrgicos que impedían se escuchara su voz.

En este ambiente, resulta todavía más sorprendente la actitud de Jesús que se dirige siempre a Dios

llamándole “Abba” (Mc 14, 36). Este término no significa sencillamente “Padre”. Era una expresión infantil empleada generalmente por los niños para dirigirse a sus padres (papito). Jesús se dirige a Yavé con la misma confianza y familiaridad con que un niño judío se dirigía a su padre. Ningún judío se habría atrevido a llamar así a Yavé.

Esta actuación de Jesús causó tal impresión que los primeros cristianos no han querido traducir esta palabra al griego; la han conservado en su original arameo, tal como la pronunciaba Jesús: “Abba” (Rom 8, 15).

En su relación con Dios, Jesús manifiesta no solo una confianza desconocida, sino, incluso, la conciencia de vivir en una relación única con El, distinta de la que puedan tener otros hombres (Mt 11, 27). ¿Por qué? ¿Dónde se apoya esta confianza absoluta en Dios? ¿Por qué se atreve a invocar a Dios con conciencia especial de hijo? ¿Cómo puede pretender una relación única con Dios distinta y superior a la de los demás hombres?

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE JESUS

1. Lectura

Se puede leer de manera seguida un evangelio íntegro: v. g. el de Lucas, para tratar de obtener una visión de conjunto de la imagen que ofrece de Jesús uno de los primeros cristianos. Es conveniente leer tratando de recoger los rasgos fundamentales de la actuación de Jesús y las ideas centrales que se repiten en su mensaje.

Se pueden también leer atentamente las citas que se ofrecen en esta catequesis, con el fin de descubrir cada uno personalmente la figura de Jesús a partir de los escritos evangélicos.

2. Preguntas para una reflexión

- ¿Qué se piensa sobre Jesús en los ambientes que tú conoces?

- ¿Qué aspectos del mensaje, la actuación o la personalidad de Jesús resultan más difíciles de aceptar por el hombre de hoy? ¿Por qué?

- Para ti personalmente, ¿qué es lo más importante en Jesucristo? ¿Por qué?

- Qué exigencias concretas plantea a nuestras comunidades creyentes el seguimiento en serio a Jesús?

- Para ti, ¿qué significa concretamente hoy creerle a Jesús?

3. Bibliografía

Entre las muchas obras existentes sobre Jesús, señalamos algunas de especial interés para lograr una visión más completa sobre Jesús.

G.H. DODD, *El fundador del Cristianismo*.
(Barcelona 1974). Ed. Herder.
Obra sencilla donde se recoge con claridad lo que fundamentalmente podemos saber sobre Jesús.

J. BLANK, *Jesús de Nazaret: Historia y mensaje*.
(Madrid, 1973). Ed. Cristiandad.
Estudio que recoge con sencillez y precisión los resultados de la investigación actual sobre Jesús.

Ch. DUQUOC, *Jesús, hombre libre*.
(Salamanca, 1976). Ed. Sígueme.
Síntesis sencilla de Cristología. Una obra extraordinaria para conocer el origen de la fe en Cristo.

W. TRILLING, *Jesús y los problemas de su historicidad*.

(Barcelona, 1970). Ed. Herder.
La mejor obra histórica de Jesús. Se trata de un estudio más técnico aunque de lectura no demasiado difícil.

A. NOLAN, *¿Quién es este hombre?*
(Santander, 1981). Ed. Sal Terrae.
Sugestiva obra sobre la personalidad humana de Jesús y la buena noticia que él proclamó.

J.A. PAGOLA, *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*.
(San Sebastián, 1984). Ed. Idatz.
Estudio que recoge el trabajo de los investigadores y presenta de manera clara la personalidad de Jesús en su contexto socio-político y la alternativa que él ofrece con su vida y su mensaje.

2
LA MUERTE DE CRISTO

1. La Ejecución de Jesús de Nazaret

Jesús no murió de muerte natural. Fue ejecutado como consecuencia de los conflictos que provocó con su actuación. Pero ¿qué ha podido suceder para que haya sido tan rápidamente denunciado, detenido por las autoridades civiles y religiosas? ¿ Como ha podido provocar una acción tan violenta?

Por una parte, la actitud de Jesús ante la Ley de Moisés ponía en crisis toda la institución legal sobre la que se apoyaba la autoridad religiosa y social de los dirigentes de Israel. Con la libertad propia de un hombre que viene de Dios, Jesús se coloca por encima de la Ley y da la última palabra al amor por encima de todas las tradiciones fariseas, rabínicas, proféticas y apocalípticas que se justifican en último término en el valor absoluto de la Torá.

Por otra parte, Jesús anuncia a un Dios Padre, abierto a todos los hombres, incluso a los extranjeros y pecadores, con lo cual está rechazando el carácter privilegiado del pueblo judío y su alianza con Yavé. Jesús predica que se acerca el Reinado de Dios pero no como un juicio para paganos y pecadores sino como una Buena Noticia de perdón y de gracia. Este Dios que anuncia Jesús no es el Dios de la religión oficial judía que ofrece su premio a los que obedecen a la Torá. Jesús se presenta como un blasfemo que destruye la alianza y contradice todas las esperanzas judías basadas en la pertenencia al pueblo judío y en la obediencia a la Ley mosaica.

Además, la actuación libre de Jesús frente a toda autoridad, su obediencia radical a Dios por encima de cualquier señor o César, su anuncio decidido del Reinado de Dios, ponía en peligro la “paz romana”. Jesús se convertía en un perturbador del orden socio-político establecido por Roma.

Y sin embargo, tampoco el pueblo le defiende. Jesús ha decepcionado profundamente la expectación política que su aparición ha podido despertar en grandes sectores de la población. El pueblo esperaba algo más concreto, eficaz y espectacular. Algo que condujera a Israel a la destrucción del imperialismo romano y su sustitución por el Reino mesiánico judío.

2. JESUS ANTE SU PROPIA MUERTE

Jesús ha visto venir su muerte y la ha afrontado con lucidez. No la ha eludido. No ha emprendido la huida. No se ha defendido. No ha organizado una resistencia. No ha modificado su mensaje. No ha querido deshacer los posibles malentendidos. Jesús ha temblado ante su ejecución, pero se ha mantenido hasta el final fiel al Padre, fiel a sí mismo y fiel a su misión.

Por eso en la cruz podemos descubrir con más hondura algunos rasgos fundamentales de Jesús.

Ahora podemos conocer mejor la profundidad de la *confianza* de Jesús en el Padre. Cuando todo fracasa y hasta Dios parece abandonarlo como un falso profeta equivocado lamentablemente y condenado justamente en nombre de la Ley, Jesús grita con fe: “Padre, en tus manos pongo mi vida” (Lc 22, 46).

Ahora podemos descubrir mejor la radicalidad de Jesús y su *libertad total* para entregarse al servicio del Reino de Dios, Jesús es libre no solo para enfrentarse a los que se oponen a su misión, sino incluso, para entregar generosamente lo que más quiere todo hombre: su propia vida.

Ahora podemos comprender mejor la *solidaridad* de Jesús con los hombres y su actitud de servicio. Jesús ha entendido su muerte como el servicio último y supremo que él podía hacer a la causa de Dios y a la salvación de los hombres.

Ahora podemos entender mejor la fuerza con que Jesús denunciaba el odio, el egoísmo, la injusticia, la mentira humana y su fe total en que solo el amor puede conducir a los hombres a su liberación definitiva. Abandonado por todos, Jesús muere creyendo hasta el final en el amor del Padre y en el perdón para los hombres: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

3 LA MUERTE DE JESUS INTERPRETADA DESDE LA FE EN LA RESURRECCION

La resurrección de Jesús obligó a sus seguidores a reflexionar sobre la muerte de aquel hombre abandonado por todos pero resucitado por Dios. A la luz de la resurrección, se vieron obligados a descubrir el significado profundo encerrado en la muerte de aquel hombre condenado en nombre de la Ley como blasfemo, arreligioso, perturbador del orden público, peligroso para la sociedad…, pero resucitado por Dios.

Si Dios ha resucitado a Jesús, ¿por qué ha permitido su muerte? El Dios que ha resucitado a Jesús ¿qué hacía en la hora de su ejecución? ¿Por qué lo ha abandonado en la cruz? Los primeros creyentes han comprendido que la muerte de Jesús no ha sido un accidente más, una injusticia cualquiera. Esta muerte ha tenido que estar prevista en los designios de Dios. Esta muerte ha sido para la salvación del pueblo y de la humanidad entera.

La muerte del Profeta

Los cristianos han descubierto que la muerte de Jesús, resucitado ahora por Dios, no ha sido la muerte de un blasfemo sino la muerte del Profeta. En Jesús se ha cumplido el destino trágico que parece esperar a todo profeta que sabe luchar por la justicia, la libertad y la dignidad del hombre.

El profeta muere a manos del pueblo y dentro del pueblo. Pero, el profeta muere por amor al pueblo y su muerte es un servicio a la comunidad ya que descubre en toda su profundidad el pecado del pueblo y, de alguna manera, le posibilita su conversión y redención.

Pero, Jesús es más que un profeta. Los primeros creyentes han comprendido que la muerte de Jesús tiene un valor único no solo para el pueblo judío sino para la humanidad entera. En la muerte de Jesús, el mismo Hijo de Dios ha muerto por amor a los hombres. Y su muerte es el mayor servicio a la humanidad, pues no solo nos descubre la profundidad de nuestro pecado sino que al mismo tiempo nos abre la posibilidad de salvación y perdón.

La muerte del Justo

Los cristianos han descubierto que la muerte de Jesús, resucitado ahora por Dios, no ha sido la muerte de un pecador impío, sino la muerte del Justo. La resurrección les ha hecho ver que la justicia definitiva de Dios termina por triunfar por encima de todas las injusticias de los hombres.

En una sociedad injusta, el hombre justo resulta insoportable y su actuación es condenada y perseguida incluso en nombre de la ley y de la religión. Pero Dios no puede permitir que la justicia no triunfe y el sufrimiento del justo se pierda inútilmente.

Ahora los cristianos descubren que en la cruz ha muerto el Hijo santo de Dios, «aquel que no conoció pecado» (2 Cor 5, 21). No era Jesús el pecador. Somos nosotros los pecadores. Pero la muerte de Jesús no ha sido inútil. La resurrección nos descubre que la injusticia, el mal y la muerte no tienen la última palabra. La resurrección del crucificado nos abre un camino de redención. Desde ahora podemos esperar liberación si sabemos decir no a la injusticia con el mismo espíritu de Jesús.

La muerte del Siervo

Los cristianos han comprendido también que la muerte de Jesús no ha sido la muerte de un revolucionario

judío que pretendía hacerse con el poder, sino la muerte del Siervo que ha vivido la obediencia al Padre y el amor a los hombres hasta el extremo.

Inspirándose en los cantos del Siervo de Yavé (sobre todo en Is 52, 13-53, 12), los creyentes han visto en la muerte de Jesús el servicio salvador del Hijo de Dios que ha querido "llevar sobre sí" los pecados de los hombres, sufrir por nuestras injusticias y dar la vida por nuestra salvación.

Poco a poco y, cada vez con más claridad, irán descubriendo en la ejecución de Jesús el gesto supremo de amor y reconciliación de Dios con los hombres. El Hijo de Dios ha compartido nuestra muerte y nuestra perdición para abrirnos la posibilidad de alcanzar la vida y la resurrección.

4. EL VALOR REDENTOR DE LA MUERTE DE JESUCRISTO

Jesús ha vivido su muerte en una actitud de obediencia y fidelidad total al Padre y, al mismo tiempo, en una actitud de amor y perdón a los hombres.

Por eso, su muerte no ha sido una muerte de destrucción y de perdición, una "muerte-ruptura". La muerte de Jesús ha sido una muerte de reconciliación y de amor. Una muerte que conduce a la resurrección y la vida.

La muerte, que era la manifestación suprema del pecado y la ruptura entre Dios y el hombre pecador, se ha convertido ahora en la manifestación suprema del amor y la reconciliación entre Dios y los hombres. Vivida por el Hijo de Dios en obediencia total al Padre y en comunión total con los hombres, se ha convertido en fuente de vida para todos nosotros. "Nuestro Salvador Cristo Jesús ha destruido la muerte y ha hecho irradiar luz de vida e inmortalidad" (2 Tm 1, 10).

A lo largo de los siglos, los cristianos han empleado diversos lenguajes para formular el valor salvador de la muerte de Cristo. Se ha visto la cruz como un rito de sangre que ha apaciguado la ira de Dios, como el sacrificio de la única víctima agradable al Padre, la pena con la que ha sido expiado el castigo infinito merecido por nuestros pecados, el rescate ofrecido por nuestra redención, la reparación necesaria para satisfacer a Dios, etc.

Es indudable el valor y la verdad que se encierran en estas interpretaciones si son bien entendidas. Sin embargo, nos pueden conducir a deformaciones más o menos graves sobre la muerte de Cristo. Partiendo de estas interpretaciones fácilmente podemos llegar a concebir a Dios como un Señor que exige previamente una reparación y el pago de una deuda para poder luego perdonar al hombre.

Los primeros creyentes no pensaron así. Ha sido Dios el que por propia iniciativa y movido por un amor totalmente gratuito ha intervenido en la historia humana para salvarnos. La muerte de Jesucristo es el gesto supremo en el que se nos revela el amor reconciliador de Dios a los hombres. "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo y no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres" (2 Cor 5, 10).

5. SENTIDO CRISTIANO DE LA MUERTE Y EL SUFRIMIENTO

La muerte de Jesús en la cruz no es un acontecimiento aislado y separado de su vida. Es el gesto que resume y en donde culmina toda su vida. Es "terminar de morir". Jesús ha ido muriendo para el Padre y por los hombres día tras día, "desviviéndose" por hacer la voluntad de su Padre y por liberar a sus hermanos. Por eso, desde el seguimiento al crucificado vamos los cristianos dando sentido al sufrimiento de cada día y a la muerte.

La muerte cristiana

La muerte, sin perder su carácter trágico, ha cambiado de signo para el creyente. La muerte ya no es el final de todo. El cristiano no muere para quedar muerto sino para resucitar. La muerte ya no tiene la última palabra.

El cristiano afronta la muerte y la asume libremente como un acontecimiento que puede ser vivido en comunión con Cristo muerto y resucitado y en la misma actitud que El adoptó.

El cristiano, más que prepararse para una buena muerte, debe aprender a "morir bien" en cada momento. Es decir, viviendo la vida diaria como Jesús, "desviviéndose" por la construcción del Reino de Dios y su

justicia. Desde aquí el Bautismo cobra un sentido nuevo como el gesto sacramental en el que nos comprometemos a vivir la vida "muriendo en Cristo", y la Eucaristía nos va ayudando a asimilar el morir de Jesús para participar también un día de su resurrección.

Los cristianos vemos desde Cristo con una esperanza nueva no solo nuestra muerte sino también la muerte de los demás, las muertes grandes y las pequeñas, las muertes valientes y las cobardes, las muertes significativas y las ridículas. Desde esta misma esperanza aprendemos a afrontar con otro sentido el envejecimiento y la muerte de las culturas, de las ideas, de la creación entera… Todo lo que vive, camina de alguna manera hacia la muerte. Pero Cristo ha vencido a la muerte.

Sentido cristiano del sufrimiento

Seguir a Jesús es seguir a Alguien que ha terminado ejecutado por los hombres. Ser fiel a Alguien que ha sido perseguido y condenado por el escándalo provocado con su mensaje y su actuación.

Seguir al Crucificado no es buscar y amar el sufrimiento. Jesús no lo ha amado ni para él ni para los demás. Seguir al Crucificado es proseguir su obra, construir el Reinado de Dios, defender la causa del hombre, ofrecer gratuitamente el perdón, servir al hermano y saber que esta actuación nos traerá sufrimiento.

El creyente, pues, no ama el sufrimiento, pero tampoco evade el problema del mal de manera ligera y superficial. El cristiano toma en serio la inseguridad, el sufrimiento, la soledad, la alienación, el dolor, el lado oscuro y negativo de la vida. Pero con Cristo y desde Cristo descubre que también ahí puede haber salvación y liberación. Desde Cristo trata de descubrir cuál es la manera más humana y liberadora de asumir y vivir el sufrimiento propio y ajeno.

El creer en el Crucificado no suprime el mal. El mal continúa siendo algo malo e inhumano, pero se puede convertir en el lugar más eficaz, realista y convincente de vivir la fe en el Padre y la solidaridad con los hombres. Por eso el cristiano cree no solo en la acción sino también en la pasión. Desde su fe cristiana va descubriendo que incluso el sufrimiento puede ser liberador cuando se vive con el espíritu del Crucificado.

La cruz nos purifica y libera, pues es lo que más directamente se opone a la esclavitud del pecado. Pecar es buscar egoístamente nuestra propia felicidad rompiendo con Dios y con los hombres. Vivir la cruz como Jesús, es, precisamente, todo lo contrario: buscar la fidelidad a Dios y al servicio a los hombres, incluso en la ausencia de felicidad.

Quizá sea necesario descubrir de manera concreta nuevas posibilidades de seguir hoy al Crucificado, v.gr.: preferir sufrir injustamente antes que colaborar con la injusticia; saber sufrir el mal antes de hacer el mal; compartir el sufrimiento de los injustamente maltratados; aceptar la inseguridad y los riesgos propios de una vida consecuente con la fe cristiana; aceptar las consecuencias dolorosas de una defensa clara y firme de la justicia, la verdad y la libertad; aceptar la inseguridad, la falta de poder y la debilidad del que quiere actuar con honradez humana y sencillez evangélica; saber comprender el valor de una vida austera y equilibrada en medio de nuestra sociedad de consumo y bienestar.

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE LA MUERTE DE JESUS

1. Lectura

Estudiar los relatos evangélicos de la pasión de Jesús, tratando de descubrir la enseñanza de los evangelistas (Mt 26-27; Mc 14-15; Lc 22-23; Jn 18-19).

2. Preguntas para una reflexión

- ¿Qué significado puede tener todavía hoy la cruz de Cristo en nuestra sociedad?
- ¿Cuál te parece la actitud más humana ante el sufrimiento y la muerte? ¿Por qué?
- ¿Qué puede significar hoy concretamente para ti el tomar la cruz de Cristo cada día?

3. Bibliografía

H. COUSIN, *Los textos evangélicos de la pasión*.

(Estella, 1981). Ed. Verbo Divino
Sugestivo estudio sobre los relatos de la crucifixión, la muerte de Jesús y el sepulcro abierto.

X. LEON-DUFOUR, *Jesús y Pablo ante la muerte*.
(Madrid, 1982). Ed. Cristiandad.
En la primera parte de la obra se nos ofrece un estudio lleno de interés sobre la postura de Jesús ante su muerte inminente y su actuación en la cruz.

L. BOFF, *Pasión de Cristo. Pasión del mundo*.
(Santander, 1981). Ed. Sal Terrae.
Interesante obra donde se nos ofrece un buen resumen sobre la muerte violenta de Jesús, las interpretaciones de esa muerte en las primeras comunidades cristianas y el desarrollo posterior de la teología de la redención.

(DIBUJO)

3
LA RESURRECCION DE JESUCRISTO

"Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe". Así escribía Pablo de Tarso hacia el año 55 a un grupo de cristianos de Corinto. Si Cristo realmente no ha resucitado, la Iglesia se debe callar porque no puede anunciar ninguna Buena Noticia de salvación para nadie. Toda nuestra fe queda vacía de sentido. No tenemos ninguna esperanza verdaderamente definitiva para aportar a ningún hombre. Solo la resurrección de Jesús fundamenta y da sentido a nuestra fe cristiana.

Vamos a tratar de acercarnos a la experiencia que vivieron los primeros creyentes para descubrir su fe convencida en la resurrección de Jesús y para comprender mejor qué significa para nosotros, los cristianos, creer en Cristo resucitado.

1. LOS DOCUMENTOS

Tendríamos que estudiar todos los escritos que nos han dejado los primeros creyentes, pues en todos ellos se refleja la fe de estos hombres que de diversas maneras y con lenguajes diferentes confiesan el acontecimiento decisivo para los cristianos: Jesús, el Crucificado, ha sido resucitado por Dios.

Sin embargo, esta fe en la resurrección de Jesús aparece expresada de manera especial en:

Las confesiones de fe y los cánticos

Son fórmulas muy antiguas y estables, que han nacido en el entusiasmo primero de las comunidades cristianas y en donde se resume lo más fundamental de la fe sin recoger todos sus aspectos. Aquí, los creyentes nos confiesan con toda sencillez y sobriedad que Jesús ha sido resucitado por Dios sin detenerse a narrarnos sus apariciones o encuentros con los discípulos (1 Cor 15, 3-5; Rom 4, 25; 10, 9; Flp 2, 6-11, etc.).

La predicación misionera

Estos textos nos ofrecen una visión más completa de la fe de los primeros cristianos, pues recogen la primera predicación de los discípulos que proclaman a las gentes lo esencial de la fe cristiana. Estos primeros predicadores anuncian una Buena Noticia: Dios ha cumplido sus promesas de liberación, salvando a Jesús de la muerte y confirmándolo como Mesías y liberador de los hombres. Este acontecimiento nos debe hacer pensar a todos y nos debe empujar a tomar una postura nueva ante la vida poniendo toda nuestra esperanza en Jesucristo (Hch 2, 22-40; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43; 13, 15-41).

Los relatos evangélicos

Después de treinta o cuarenta años de vivir profundamente de la fe en el Resucitado, los creyentes vuelven a reflexionar sobre la resurrección de Jesús para evocar los primeros encuentros con el Resucitado, comprender mejor el sentido de la resurrección, alimentar de nuevo su esperanza, extraer las consecuencias más importantes para su vida cristiana y meditar y celebrar con gozo este acontecimiento

cuya fuerza transformadora han podido ya experimentar en sus propias vidas.

Por eso, estas narraciones no son una "biografía" de Jesús resucitado. No pretenden ofrecernos una información precisa que nos permita reconstruir los hechos exactamente tal como han sucedido, a partir del tercer día de la ejecución de Jesús. Son catequesis cristianas en las que los creyentes, animados por una fe largamente experimentada en sus vidas, evocan los primeros acontecimientos que dieron origen a la comunidad cristiana, tratando de ahondar más en su fe en Cristo resucitado (Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20-21).

2. EL ENCUENTRO DE LOS PRIMEROS CREYENTES CON EL RESUCITADO

A partir de todo este material del que hoy podemos todavía disponer nosotros, vamos a tratar de acercarnos a la experiencia que vivieron los primeros discípulos.

Lo que primeramente observamos es la dificultad que experimentan estos hombres para expresar y hacernos presentir un poco este acontecimiento inesperado y desconcertante: Jesús, el crucificado, al que ellos han podido ver muerto, ahora se les presenta lleno de vida. Se trata de una experiencia compartida por bastantes, repetida en diversas circunstancias y que ellos tratan de describir de alguna manera, acudiendo a diversas expresiones y procedimientos narrativos (Jesús es el de antes pero ya no es el mismo, está presente en medio de sus discípulos pero no le pueden retener, es alguien real y concreto pero no pueden convivir con él como antes…)

Estos hombres no nos describen nunca el acontecimiento mismo de la resurrección. Ellos nos hablan de su encuentro con el ya resucitado que se les impone lleno de vida y transforma totalmente sus personas.

Veamos algunos rasgos de su experiencia.

El Crucificado se deja ver vivo

La fórmula que emplean con más frecuencia indica que Jesús, que había quedado oculto tras el misterio de la muerte, se deja ver, se hace visible, se vuelve a encontrar con los suyos. Se trata de un encuentro cuya iniciativa no está en los discípulos sino en Jesús. Es el mismo Jesús vivo el que interviene en sus vidas, se les hace presente y se les impone lleno de vida, obligándoles a salir de su desconcierto e incredulidad.

Un encuentro que afecta al hombre entero

No se puede describir adecuadamente estos encuentros llamándolos sencillamente "visiones" o "apariciones". Tampoco es acertado preguntarse si se trata de visiones objetivas o subjetivas, externas o internas. Según los discípulos, Jesús se les impone como alguien vivo, en un encuentro que afecta la totalidad de sus personas.

Pablo llama a su experiencia "gracia", regalo de Dios (1 Cor 15, 10) y cuando quiere describirla, nos dice que "ha sido alcanzado por Cristo Jesús" (Flp 3,12) y que "ha descubierto el poder de su resurrección" (Flp 3, 10). Por eso, cuando los creyentes tratan de presentar esta experiencia de manera narrativa, la describen con una gran variedad: Jesús resucitado les saluda, les da la paz, los bendice, los llama, les enseña, los consuela, los envía a una gran misión… Es decir, el encuentro con el Resucitado los ha cogido, los ha transformado y ha puesto en marcha la fe de la pequeña comunidad.

El descubrimiento del enigma de Jesús

El encuentro con el Resucitado les ha descubierto a estos hombres el misterio encerrado en Jesús. Así llama Pablo a su experiencia "el descubrimiento de Jesús" (Ga 1, 12). Por eso, entiende así su encuentro con el Resucitado: "Dios ha querido revelar en mí a su Hijo" (Ga 1, 16). En este encuentro han descubierto los discípulos que Jesús, a pesar de haber terminado en una cruz, es el Cristo esperado por el pueblo, y, todavía más, es el Señor de la vida y de la muerte porque en él ha comenzado ya la resurrección, es decir, la liberación total y definitiva de los hombres.

Acontecimiento transformador

Se trata de un acontecimiento que ha transformado totalmente a los discípulos. Aquellos hombres que se resistían a aceptar el mensaje de Jesús, comienzan ahora a anunciar el Evangelio con una convicción total.

Aquellos hombres cobardes que no habían sido capaces de mantenerse junto a Jesús en el momento de la crucifixión, comienzan ahora a arriesgar su vida por defender la causa del Crucificado.

Es particularmente significativo el caso de Pablo de Tarso. El encuentro con Cristo resucitado lo ha convertido de perseguidor de las comunidades cristianas en testigo y predicador de la Buena Noticia de Cristo (Ga 1, 23; Flp 3, 5-14; Cor 15, 9-10).

Llamada a una misión

Los discípulos viven el encuentro con el Resucitado como llamada a anunciar el Evangelio. Los encuentros de los Once con el Resucitado terminan invariablemente en una llamada a la evangelización (Mt 28, 18-20; Mc 16, 15; Lc 24, 28; Jn 20,21). Concretamente, Pablo entiende su experiencia pascual como una exigencia pascual como una exigencia a predicar la fe entre los gentiles (Ga 1, 15-16). Si atendemos a los primeros cristianos, encontrarse con el Resucitado es sentirse llamado a anunciar la Buena Noticia de Cristo (Lc 24, 36; Jn 20, 17-18).

Experiencia prolongada en la vida

El encuentro con el Resucitado no es un momento privilegiado sin continuidad posterior en sus vidas. Estos hombres reviven en su vida diaria el destino doloroso de Jesús crucificado y el paso a la vida del Resucitado. La resurrección del Crucificado les ayuda a entender y vivir su vida difícil de cada día con otro sentido y otra profundidad. Desde su propia vida comprenden y viven mejor el misterio de Cristo muerto y resucitado. "Llevamos siempre en nuestros cuerpos el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2 Cor 4,10).

3. LA RESURRECCION DE JESUS

Los primeros cristianos viven convencidos de que Jesús ha sido resucitado por Dios. Pero, ¿qué significa esto para aquellos hombres? ¿Qué entendían por resurrección de Jesús? ¿Qué querían decir al hablar de Cristo resucitado?

No es un retorno a su vida anterior

La resurrección de Jesús no es una vuelta a su vida anterior para volver de nuevo a morir un día de manera ya definitiva. No es una simple reanimación de su cadáver, como pudo ser el caso de Lázaro o la hija de Jairo. La resurrección de Jesús no es como estas "resurrecciones". Jesús no regresa a esta vida sino que entra en la vida definitiva de Dios. Por eso, los primeros predicadores dicen que Jesús ha sido "exaltado" por Dios (Hch 2, 33), y los relatos evangélicos presentan a Jesús viviendo ya una vida que no es la nuestra. Pablo nos dice con claridad que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere más porque ahora vive en Dios (ROM 6, 9-10).

No es una supervivencia de su alma inmortal

Los cristianos no han entendido nunca la resurrección de Jesús como una supervivencia misteriosa de su alma inmortal. Jesús resucitado no es "un alma inmortal" ni un fantasma. Es un hombre completo, vivo, concreto, que ha sido liberado de la muerte con todo lo que constituye su personalidad. Para los primeros creyentes, a este Jesús resucitado que ha alcanzado ahora toda la plenitud de la vida, no le puede faltar cuerpo.

No es una prodigiosa operación biológica

Los primeros cristianos no describen nunca la resurrección de Jesús como una operación prodigiosa en la que el cuerpo y el alma de Jesús ha vuelto a unirse para siempre. Su atención se centra en el gesto creador de Dios que ha levantado al muerto Jesús a la Vida. La resurrección de Jesús no es un nuevo prodigio, sino una intervención creadora de Dios.

No es una permanencia de Jesús en el recuerdo de los suyos

La resurrección es algo que le ha sucedido a Jesús y no a los discípulos. Es algo que ha acontecido en el muerto Jesús y no en la mente o en la imaginación de los discípulos. No es que "ha resucitado" la fe de los discípulos a pesar de haber visto a Jesús muerto en la cruz. El que ha resucitado es Jesús mismo. No es

que Jesús permanece ahora vivo en el recuerdo de los suyos. Es que Jesús realmente ha sido liberado de la muerte y ha alcanzado la vida definitiva de Dios.

Intervención resucitadora de Dios

A los primeros cristianos no les gusta decir "Jesús ha resucitado". Prefieren emplear otra expresión: "Jesús ha sido resucitado por Dios" (Hch 2, 24; 3,15…). Para ellos, la resurrección es una actuación del Padre que con su fuerza creadora y poderosa ha levantado al muerto Jesús a la vida definitiva y plena de Dios. Para decirlo de alguna manera, Dios le espera a Jesús al otro lado de la muerte para liberarlo de la destrucción, vivificarlo con su fuerza creadora, levantarlo de entre los muertos e introducirlo en la vida indestructible de Dios.

Los primeros cristianos han empleado diversos lenguajes para sugerir de qué se trata. Es interesante escucharle a Pablo. Según él, Jesús ha sido resucitado por la fuerza de Dios que es la que le hace vivir su nueva vida de resucitado (Ef 1, 19-20; 2 Cor 13, 4). Jesús ha sido resucitado por la gloria de Dios, es decir, por esa fuerza que nos descubre toda la grandeza gloriosa de Dios (Rom 6, 4); por eso, Cristo resucitado posee un "cuerpo glorioso" (Flp 3,21) que no significa un cuerpo luminoso, majestuoso… sino una personalidad llena de la fuerza transformadora de Dios. Jesús ha sido resucitado por el Espíritu de Dios, es decir, por su Aliento creador (Rom 8, 11); por eso, Cristo resucitado posee "un cuerpo espiritual" (1 Cor 15, 35-49) que no significa un cuerpo inmaterial, etéreo, invisible… sino una personalidad penetrada por el Aliento vital y creador de Dios.

Este paso de Jesús de la muerte a la vida definitiva, es un acontecimiento que desborda esta vida en que nosotros nos movemos. Por eso, no lo podemos constatar y observar como hacemos con tantos otros acontecimientos que suceden entre nosotros. Pero es un hecho real, que ha sucedido. Más aún, para los creyentes es el acontecimiento más real, importante y decisivo que ha sucedido para la historia de la humanidad.

4. LA RESURRECCION, PUNTO DE PARTIDA PARA DESCUBRIR A CRISTO

A partir de la resurrección y a su luz, los primeros creyentes volvieron a recordar la actuación y el mensaje de Jesús y, reflexionando sobre su vida y su muerte, fueron descubriendo la verdadera personalidad de Jesucristo.

Legitimación de la vida y el mensaje de Jesús

La muerte de Jesús en la cruz, abandonado por todos y condenado en nombre de la Ley, parecía dejar claro que Jesús era un falso profeta abandonado también por Dios. Ahora los discípulos comprenden que no es así. Dios lo ha resucitado desautorizando a todos los que lo habían rechazado (Hch 2, 23-24). Al resucitarlo, Dios le ha dado la razón y ha legitimado y confirmado con su gesto vivificador, el mensaje y la actuación de Jesús.

Jesús tenía razón, Dios está con él. Los discípulos comprenden que en la vida y el mensaje de este hombre se encierra algo único e incomparable, que es necesario anunciar a todos los hombres: Jesús ofrece verdaderas garantías para alcanzar una liberación definitiva, incluso, por encima de la muerte.

El valor salvador de la muerte de Jesús

Si Dios ha resucitado a Jesús, ¿por qué ha permitido su muerte? El Dios que ha resucitado a Jesús, ¿qué hacía en la hora de su ejecución? ¿Dónde estaba en el momento de su asesinato? Los discípulos han comprendido que la muerte de Jesús no ha sido un accidente, una desgracia cualquiera, una injusticia más… Esta muerte ha sido algo previsto y preparado en los designios de Dios. Esta muerte ha sido para salvación del hombre.

Este Dios que en la resurrección se ha manifestado plenamente identificado con Jesús, estaba también con él en la cruz. Al abandonar a Jesús, en realidad, se estaba abandonando a sí mismo por amor a los hombres. En Cristo, moribundo en la cruz, estaba Dios compartiendo nuestra vida humana hasta el fracaso y la destrucción total, y realizando el máximo gesto de su solidaridad y su amor salvador al hombre. "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2 Cor 5, 19)

Jesús confesado como Mesías e Hijo de Dios

Si Jesús ha sido resucitado por Dios, los discípulos comprenden que no deben seguir esperando a ningún otro Mesías. Las promesas de Dios han encontrado ya su cumplimiento en Jesús. Es Jesús el Mesías esperado, pero lo es de una manera que ha rebasado todas las esperanzas del pueblo.

En este Mesías resucitado se encierra algo inesperado. La muerte de Jesús ha dejado claro que el Mesías es un hombre débil, mortal como nosotros. La muerte nos iguala a todos y, si Jesús ha muerto, quiere decir que es hombre como todos nosotros. Pero, la resurrección, nos descubre en Jesús algo nuevo, que ciertamente Israel no esperaba. Si Jesús ha resucitado quiere decir que es un hombre que vive una relación única con Dios. En Jesús hay algo que no se puede encontrar en los demás hombres. A partir de la Resurrección, los discípulos descubrirán cada vez con más claridad, que Dios estaba en él, que Dios en este hombre ha querido compartir nuestra vida humana (véase siguiente catequesis).

El Señor vive para siempre en Dios

La muerte de Jesús no ha sido su destrucción, sino su paso a la vida del Padre. Jesús estuvo muerto pero ahora está vivo (Ap 1, 17-18). Resucitado, vive en una condición nueva junto al Padre (Flp 2, 8-11). Con razón, se le puede llamar ya Señor de la vida y de la muerte (Rom 14, 7-9). Los cristianos ya no se sienten solos. Cristo no es un difunto. Los creyentes saben que junto al Padre tienen a Cristo intercediendo y preocupándose por todos los hombres (Heb 7, 25; Rom 8, 34).

El Resucitado vive en medio de los creyentes

El Señor no solo vive ahora para los hombres, sino entre los hombres. Los discípulos viven animados por la presencia viva del Resucitado (Lc 24, 13-35). Cuando hablan del Resucitado no están hablando de un personaje del pasado, sino de alguien vivo que anima, vivifica y llena con su espíritu y su fuerza a la comunidad creyente. “Sepan que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

La comunidad creyente no se siente huérfana. El Resucitado camina con nosotros como “jefe que nos lleva a la vida” (Hch 3, 15). Es necesario saber descubrirlo en nuestras asambleas (Mt 18, 20), saber escucharlo en el Evangelio (Mt 7, 24-27), dejarnos alimentar por él en la cena eucarística (Lc 24, 28-31), saber encontrarlo en todo hombre necesitado (Mt 25, 31-46).

El retorno del Resucitado

Cristo, resucitado por el Padre, solo es el “primero que ha resucitado de entre los muertos” (Col 1, 18-19). El se nos ha anticipado a todos para alcanzar esa vida definitiva que nos está también reservada a nosotros. Su resurrección es fundamento y garantía de la nuestra (1 Cor 15, 20-23). Uno de los nuestros, un hermano nuestro, Jesús de Nazaret, ha resucitado abriendo una salida a esta vida nuestra que termina fatalmente en la muerte. Su resurrección nos abre la posibilidad de alcanzar la liberación última y total (1 Cor 15, 22; Ef 2, 4-6). Si vivimos desde Cristo, un día resucitaremos con El. “Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza” (1 Cor 6, 14).

Por eso, los creyentes, en medio de las luchas, los sufrimientos y las dificultades de cada día, ponen su mirada en el Resucitado que un día volverá a consumar y llevar a su término todos nuestros esfuerzos de liberación: “Ven, Señor, Jesús” (Ap 22, 20)

5. LA RESURRECCION, BUENA NOTICIA PARA LOS HOMBRES

La resurrección de Cristo es la mejor noticia que podíamos recibir los hombres.

Ahora sabemos que Dios es incapaz de defraudar las esperanzas del hombre que le invoca como Padre. Dios es Alguien con fuerza para vencer la muerte y resucitar todo lo que puede quedar muerto (2 Cor 1,9; Ef 1, 18-20). Dios es Alguien que no está conforme con este mundo injusto en el que los hombres somos capaces de crucificar al mejor hombre que ha pisado nuestra tierra. Dios es Alguien empeñado en salvar al hombre por encima de todo, incluso, por encima de la muerte.

Ya el mal, la injusticia y la muerte no tienen la última palabra. La vida no es un enigma sin meta ni salida. Conocemos ya de alguna manera el final. A esta vida crucificada vivida con el espíritu de Jesús, solo le espera la resurrección (Rom 8, 11). Todos aquellos que luchen por ser cada día más hombres, un día lo

serán. Todos aquellos que trabajen por construir un mundo más humano y justo, un día lo conocerán. Todos los que, de alguna manera hayan creído en Cristo y hayan vivido con su espíritu, un día sabrán lo que es VIVIR.

"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?" (Jn 11, 25).

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE LA RESURRECCION DE JESUS

1. Lectura

Estudiar los relatos evangélicos de la resurrección de Jesús, tratando de descubrir las enseñanzas para nuestra fe (Mc 16; Mt 28; Lc 24; Jn 20-21).

2. Preguntas para una reflexión

- La fe en la resurrección de Jesús, ¿puede tener algún interés para un hombre enfrentado a los problemas diarios de nuestra sociedad? ¿Por qué?

- La fe en Cristo resucitado, ¿debe influir concretamente en nuestra visión de la vida? ¿Cómo?

- Señala algunos rasgos que deberían caracterizar la esperanza de un cristiano.

3. Bibliografía

H. SCHLIER, *De la resurrección de Jesucristo*.
(Bilbao, 1970). Ed. Desclée de Brouwer.
Pequeño estudio que recoge bien lo más esencial de nuestra fe en Cristo resucitado.

X. LEON-DUFOUR, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*.
(Salamanca, 1973). Ed. Sígueme.
El estudio más completo y reciente realizado por un exégeta católico. Obra de carácter técnico, escrita por un especialista.

L. BOFF, *La resurrección de Cristo. Nuestra resurrección en la muerte.*
(Santander, 1981). Ed. Sal Terrae.
Una relectura de la resurrección de Jesús y de sus implicaciones para nuestra propia resurrección.

4.
La Fe en Cristo Resucitado

La ejecución en una cruz puso en entredicho todas las pretensiones de Jesús. La cruz parecía dejar las cosas claras: Jesús había sido un hombre bueno y justo quizás, pero un hombre iluso totalmente equivocado. Si de verdad Jesús tenía razón al anunciar un mensaje de salvación a los hombres, al garantizar el perdón a los pecadores y al invocar a Dios como Padre, solo Dios lo podía decir. Si en Jesús se encerraba algo único, solo Dios lo podía confirmar. Y lo ha hecho resucitando a Jesús de la muerte.

La resurrección de Jesús es la mejor noticia que podíamos recibir los hombres. Es la resurrección de Jesús la que sostiene y da sentido a nuestra fe. "Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe… Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres. Pero no, ¡Cristo resucitó de entre los muertos!" (1 Cor 15, 14-20).

La resurrección de Jesús ha sido el acontecimiento decisivo para la fe cristiana. A partir de la resurrección, los cristianos creemos en *Dios* con una luz nueva, vivimos nuestra fe en *Jesús* con una profundidad nueva, comprendemos *nuestra existencia* y nos enfrentamos a ella con una esperanza nueva. Vamos a tratar de comprender un poco la novedad que nos aporta la resurrección de Jesucristo.

1. UNA FE NUEVA EN DIOS, PADRE DE JESUCRISTO

A partir de la resurrección de Jesús, los creyentes podemos creer en Dios con una luz nueva.

Dios, fiel a sus promesas

Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios es fiel a sus promesas. Dios es incapaz de abandonar en la muerte al que le invoca con fe, como Padre. Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios no abandonará a los hombres, no defraudará nunca la esperanza que los hombres pongan en El, no permitirá jamás el fracaso final de aquellos que le invoquen como Padre. En Cristo resucitado, Dios se nos descubre como un Padre fiel a sus promesas de salvar al hombre, un Padre dispuesto a salvar al hombre por encima de la muerte.

Dios, vencedor de la muerte

En Cristo resucitado descubrimos que Dios es capaz de resucitar lo muerto. Dios no es solamente el Creador. Dios es un Padre, lleno de amor y de vida, capaz de superar el poder destructor de la muerte y dar vida a lo que ha quedado muerto (Ef 1, 18-20).

Se entiende la fe de los primeros creyentes que mantienen su esperanza en medio de esta vida en que todo camina, de alguna manera, hacia la muerte. "No pongamos nuestra confianza en nosotros mismos sino en Dios que resucita a los muertos" (2 Cor 1, 9).

Dios, futuro del hombre

Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios no es un Dios de muertos sino de vivos. Dios no quiere la muerte sino la vida de los hombres. Al resucitar a Jesús, Dios se nos descubre como Alguien que no permitirá que una vida humana vivida en el amor termine en el fracaso de la muerte. Dios es el futuro que le espera al hombre que sabe amar.

Los primeros cristianos han vivido convencidos de que Dios no permitirá jamás que un hombre que ha vivido como Jesús, desde el amor y para el amor, entregado al Padre y a los hermanos, termine su vida en la muerte. Así escribe uno de ellos: "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos" (1 Jn 3,14)

Dios protesta contra el mal

Al resucitar a Jesús, Dios se nos descubre como Alguien que no está de acuerdo con nuestra existencia actual, llena de sufrimientos y dolor, y destinada fatalmente a una muerte que rompe todos nuestros logros y proyectos.

Todavía más. En Cristo resucitado. Dios se nos descubre como Alguien que no está conforme con un mundo injusto en el que los hombres somos capaces de crucificar al mejor hombre que ha pisado nuestra tierra. Al resucitar a Jesús, Dios nos descubre su reacción y su protesta final ante un mundo de injusticia y de violación de la dignidad humana. Así predicarán los primeros creyentes: "Ustedes lo mataron… pero Dios lo resucitó" (Hch 2, 23-24).

2. UNA FE NUEVA EN JESUS, RESUCITADO POR EL PADRE

A partir de la resurrección, los creyentes vivimos con una fe nueva nuestro seguimiento a Jesús.

Jesús, nuestro Salvador

En la resurrección descubrimos los cristianos que Jesús es nuestro único Salvador. El único que nos puede llevar a la liberación y a la vida. "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hch 4, 12).

El mensaje de Jesús tiene un valor muy distinto al que puedan tener los mensajes de otros profetas. La actuación salvadora de Jesús tiene un valor muy distinto al que pueden tener las de otros liberadores. Dios no ha resucitado a cualquier profeta o a cualquier liberador. Dios ha resucitado a Jesús de Nazaret.

En la resurrección de Cristo hemos descubierto que nuestra vida tiene salida. Hay un mensaje, hay un estilo de vivir, hay una manera de morir, hay Alguien que nos puede llevar hasta la vida eterna: Jesucristo. "A éste le ha exaltado Dios con su derecha como jefe y Salvador" (Hch 5, 31).

Jesús, Hijo de Dios vivo

La resurrección nos ha descubierto que la muerte de Jesús no ha sido una muerte cualquiera. Su muerte ha sido el paso a la vida de Dios. La resurrección nos ha descubierto que Jesús no era un hombre cualquiera. Dios, realmente es su Padre. Un Padre del que Jesús recibe toda su vida. Por eso, Jesús no ha quedado abandonado en la muerte.

A partir de la resurrección, los cristianos creemos en Jesús, el Hijo de Dios vivo, lleno de fuerza y creatividad, que vive ahora junto al Padre, intercediendo por los hombres e impulsando la vida hacia su último destino (Heb 7, 25; Rom 8, 34).

Jesús, vivo en su comunidad

Si Jesús ha resucitado no es para vivir lejos de los hombres. El Resucitado está presente en medio de los suyos. "Sepan que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Los cristianos creemos que Cristo vive en medio de nosotros. No estamos huérfanos. Cuando nos reunimos dos o tres en su nombre, allí está El (Mt 18, 20). La Iglesia no es una organización solitaria, una comunidad que camina sola por la historia. Es el "cuerpo de Cristo" resucitado. Es Cristo resucitado el que anima, vivifica y llena con su espíritu y su fuerza a la comunidad creyente (Ef 4, 10-12).

El encuentro con Jesús vivo

Jesús resucitado no es un personaje del pasado. Para los cristianos, Cristo es Alguien vivo que camina hoy junto a nosotros en la raíz misma de la vida (Jn 14, 13-14). Creemos que Jesús no es un difunto. El actúa en nuestra vida, nos llama y nos acompaña en nuestra tarea diaria (Lc 24, 13-35).

Por eso, creer en el Resucitado es dejarnos interpelar hoy por su palabra viva, recogida en los evangelios. Palabras que son "espíritu y vida" para el que se alimenta de ellas (Jn 6, 63). Creer en el Resucitado es verlo aparecer vivo en el último y más pequeño de los hombres. Es decir, saber acoger y defender la vida en todo hermano necesitado (Mt 25, 31-46).

Cristo resucitado, futuro del hombre

Jesús, resucitado por el Padre, solo es "el primero que ha resucitado de entre los muertos" (Col 1, 18-19). El se nos ha anticipado a todos para recibir del Padre esa vida definitiva que no está también reservada a nosotros. Su resurrección es el fundamento y la garantía de la nuestra (1 Cor 15, 20-23).

No podemos creer en la resurrección de Jesús sin creer en nuestra propia resurrección.

"Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza" (1 Cor 6, 14). En Cristo resucitado se inicia nuestra propia resurrección porque en El se nos abre definitivamente la posibilidad de alcanzar la vida eterna.

3. UNA FE NUEVA EN LA VIDA DEL HOMBRE

A partir de la resurrección de Jesús, los cristianos comprendemos la vida del hombre de una manera radicalmente nueva y nos enfrentamos a la existencia con su horizonte nuevo.

El mal no tiene la última palabra

Si hay resurrección, ya el sufrimiento, el dolor, la injusticia, la opresión, la muerte… no tienen la última palabra. El mal ha quedado "despojado" de su fuerza absoluta.

Si la muerte, último y mayor enemigo del hombre, ha sido vencida, el hombre no tiene ya por qué doblegarse de manera irreversible ante nada y ante nadie. Las muertes, las luchas, las lágrimas de los hombres continuarán, pero, si se vive con el espíritu del Resucitado, no terminarán en el fracaso. Los cristianos nos enfrentamos al mal y al sufrimiento de la vida diaria, sabiendo que a una vida "crucificada" solo le espera resurrección. Nos sostiene la palabra de Jesús: "En el mundo tendréis tribulación, pero, ánimo, yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33).

La historia del hombre tiene una meta

Con la resurrección de Jesús se nos ha desvelado el sentido último de la historia. Ahora sabemos que la humanidad no camina hacia el fracaso, la historia de los hombres no es algo enigmático, oscuro, sin meta ni salida alguna. La vida de los hombres no es un breve paréntesis entre dos vacíos silenciosos. En el Resucitado se nos descubre ya el final, el horizonte que da sentido a la historia humana.

Una nueva fuerza liberadora

La fe en la resurrección es fuente de liberación. El que cree en la resurrección tiene una nueva fuerza de liberación ya que su vida no puede, en definitiva, ser detenida por nada ni por nadie. La fe en la resurrección puede y debe dar a los creyentes capacidad para vivir entregados sin reservas, con el espíritu de Jesús, de manera incondicional y sin presupuestos. La fe en la resurrección se debe convertir para el creyente en una llamada a la liberación individual y colectiva.

La fuerza resucitadora del amor

En la resurrección de Jesús descubrimos la fuerza resucitadora del Espíritu. Lo que ha resucitado a Jesús y lo ha levantado de la muerte es el Espíritu que lo animó a lo largo de su vida. Y es ese mismo Espíritu y ese mismo amor el que nos resucitará a nosotros si vivimos impulsados por él (Rom 8,11).

Una vida animada por el Espíritu de Jesús no terminará en la muerte. Resucitaremos en la medida en que hayamos vivido con el Espíritu de Cristo. De todos nuestros esfuerzos, luchas, trabajos y sudores, permanecerá lo que haya sido realizado en el Espíritu de Jesús, lo que haya estado animado por el amor (Ga 6, 7-9).

4. ALGUNOS RASGOS DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Vamos a señalar brevemente algunos rasgos de la esperanza cristiana

Realismo

Los creyentes han sido acusados con frecuencia de irrealismo La única postura válida y realista será enfrentarse a la realidad presente sin soñar con un futuro que todavía no existe y que no sabemos si existirá alguna vez.

Los cristianos creemos que la única manera realista de acercarnos a la vida es tomando en serio todas las posibilidades que se hallan encerradas en la historia de los hombres. El creyente se acerca a la realidad como algo inacabado, algo que está en camino de realizarse, algo que está en construcción. El que se aferra a la realidad tal como es, el que se instala y se establece en esta vida tal como actualmente es, no es realista pues excluye el futuro, niega el porvenir y, por lo tanto, niega las posibilidades que encierra la historia de los hombres. Solo desde la esperanza cristiana buscamos nosotros un significado pleno a la vida.

Inconformismo

El que de verdad cree, espera y ama el futuro último de Dios para los hombres no puede conformarse con el mundo actual tal como está. La esperanza no tranquiliza al creyente sino que le inquieta, ya que nos descubre la distancia enorme que todavía nos separa del futuro último de Dios que nos está reservado.

El cristiano, precisamente porque cree en un mundo nuevo, no puede tolerar la situación actual llena de odio, mentira, inquietud, injusticia, opresión, dolor y muerte. Su esperanza le obliga a cambiar, renovar, transformar, dejar atrás todo esto. La esperanza cristiana, bien entendida, desinstala e impulsa al creyente a adoptar una actitud de inconformismo, protesta, lucha, transformación y renovación. El que no hace nada por cambiar la tierra es que no cree en el cielo, pues acepta el presente como algo definitivo (Ef 5, 8-11).

Compromiso

La esperanza cristiana debe impulsar al creyente a configurar la realidad actual a la luz del futuro que se nos promete en Cristo, para crear ya, en lo posible y lo mejor posible, lo que estamos llamados a vivir definitivamente.

Los creyentes deben luchar ahora contra toda injusticia, esclavitud, odio, deshumanización, pecado… que esté en contradicción con lo que esperamos para el hombre. La esperanza cristiana debe destruir en nosotros toda falsa resignación ante el mal instaurado en nuestra sociedad o en nuestras personas.

En comunidad

La esperanza cristiana no se puede vivir aisladamente sino en comunidad. Todos los creyentes formamos "un solo cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a la que hemos sido llamados" (Ef 4, 4). Por encima de nuestros conflictos, divergencias y enfrentamientos, los cristianos deberíamos exigirnos mutuamente una cosa: "esperar contra toda esperanza" en Jesucristo.

Esperanza cristiana y esperanza humana

El creyente no puede mantenerse ajeno e indiferente ante tantos hombres que no comparten su fe, pero que se esfuerzan por mejorar la sociedad, animados por otras esperanzas y objetivos más inmediatos.

Pero, el cristiano tampoco se identifica sin más con cualquier movimiento transformador. Por una parte, sabe relativizar esas esperanzas siempre limitadas y orientarlas hacia el futuro último que le espera al hombre.

Por otra parte, el cristiano rechaza la presunción que puede encerrarse en una lucha que pretende realizar de manera definitiva la historia en un momento determinado de la misma. Las metas que logramos los hombres son siempre provisionales, penúltimas. Nuestra meta última está en Dios, Padre de nuestro Señor Jesús.

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE NUESTRA FE EN CRISTO RESUCITADO

1. Lectura

Estudiar el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) tratando de ver cómo el descubrimiento del Resucitado se realiza escuchando su palabra y participando en su cena.

2. Preguntas para una reflexión

- ¿Qué dificultades encuentras para vivir en nuestros días, la esperanza cristiana?
- ¿Dónde descubres signos para mantener y enriquecer tu esperanza cristiana?
- ¿Cómo acrecentar de manera concreta nuestra fe en Cristo resucitado?

3. Bibliografía

K. LEHMANN, *Jesucristo resucitado, nuestra esperanza*
(Santander, 1982). Ed. Sal Terrae.
Obra sencilla donde de forma meditativa, pero profunda, se nos presenta a Cristo resucitado como fundamento de nuestra esperanza.

G. LOHFINK, A. VOGTLE, R. SCHNACKENBURG, W. PANNENBERG, *Pascua y el hombre nuevo*
Diversos artículos de interés sobre el significado de la Pascua y su importancia para el hombre actual.

5.
Jesús, Hijo de Dios hecho hombre por nuestra Salvación

Ante los rasgos sorprendentes que caracterizaron la vida de Jesús de Nazaret (ver 1 a. catequesis) y, sobre todo, ante el hecho inaudito de la resurrección (ver 3a. catequesis), la comunidad cristiana confiesa, llena de fe, el hecho más original y central del cristianismo: en Jesús de Nazaret el Hijo de Dios se ha

hecho hombre por nuestra salvación. Vamos a tratar de descubrir qué significa esto para un creyente.

1. LA FE EN JESUCRISTO, HIJO DE DIOS HECHO HOMBRE

Jesús, experimentado como hombre

Los contemporáneos de Jesús, los discípulos que convivieron cerca de él y todos sus seguidores vieron en Jesús *un hombre*, en el sentido propio y pleno de esta palabra. Un hombre cuya vida es semejante a la nuestra. Basta recorrer las páginas de los evangelios para ver cómo Jesús pasa hambre y sed, frío y calor como nosotros (Mt 4,2; Jn 19, 28); llora y goza como nosotros (Jn 11, 35; Lc 10,21); se indigna (Mc 1, 41; 6, 34), se sorprende (Mc 6,6), se compadece (Mc 1, 41; 6,34), se desilusiona (Mc 8, 17; 9,19), hace preguntas para informarse (Mc 6, 38; 9, 16; 9, 21; 9,33), ignora cuándo llegará el último día (Mc 13, 32); le entra una angustia mortal ante la proximidad de su muerte (Mc 14, 34) …

Jesús, distinto del Padre

Jesús es un hombre que no puede ser confundido con Yavé, el Dios de Israel. en los escritos de las primeras comunidades cristianas, Jesús aparece siempre como alguien claramente distinto de ese Dios a quien Jesús llama Padre, a quien ora con fe y confianza en sus largas horas de silencio y soledad (Mc 1, 35; Lc 5, 16), a quien obedeció hasta la muerte (Mc 14, 36) y en cuyas manos abandonó su vida al dar el último aliento (Lc 23, 46).

La unión de Jesús con el Padre

Ya el comportamiento y la personalidad excepcional de Jesús obligan a preguntarse quién es este hombre que actúa de manera tan sorprendente y única. ¿Cómo puede Jesús descubrir a sus contemporáneos la verdadera voluntad de Dios con una autoridad tan soberana, tan inmediata, derivada directamente de Dios? ¿Cómo puede Jesús con su palabra, sus gestos y su vida hacer presente ya entre los hombres el Reinado de Dios? ¿Cómo puede Jesús intervenir en la vida de los demás curando sus males y concediendo el perdón del mismo Dios? ¿Cómo puede confrontar a todos directamente con Dios presentándose como factor decisivo de la salvación de los hombres? ¿Cómo puede invocar a Dios como Padre y vivir con El una relación única e incomparable? ¿Qué misterio encierra su persona?

Pero además, este hombre al morir no ha quedado abandonado en la muerte sino que ha sido resucitado por el mismo Dios. Ante este acontecimiento único y sorprendente, surge obligadamente una pregunta: ¿Quién es este hombre cuya vida, ya desconcertante por sí misma, no ha terminado en la muerte como la de los demás hombres sino en resurrección?

La Resurrección descubre a los cristianos que Dios se hace presente en la vida y en la muerte de este hombre de una manera única, que supera todo lo que nosotros podemos concebir de otros hombres. No se puede hablar de Jesús como de un hombre cualquiera. En ningún otro encontramos una unión parecida con Dios. Ningún otro vive tan inmediatamente desde Dios y para Dios. Desde este hombre, Dios nos habla y se dirige a nosotros de manera tan directa e inmediata que a Jesús no se le puede considerar como un mero profeta o enviado de Dios. En la vida de este hombre, la Palabra de Dios y su actuación salvadora están tan totalmente presentes que debemos decir que el mismo Dios se nos presenta, se nos descubre y se nos acerca en Jesús de Nazaret de una manera única e irrepetible.

Jesús confesado como Hijo de Dios

Los primeros creyentes tratan de expresar esta realidad acudiendo a lenguajes diferentes y variados. Trataremos de entender algunas de sus expresiones más significativas.

Aquel Dios que había hablado tantas veces y de tantas maneras al pueblo, ahora ha hablado su última palabra desde Jesús (Heb 1, 1). Dicho con más profundidad, en Jesús no escuchamos simplemente una palabra de Dios. Jesús mismo es la Palabra de Dios hecha carne, hecha vida humana (Jn 1, 14). Jesús es Dios hablándonos a los hombres desde la vida concreta de un hermano.

Aquel Dios que tantas veces y de tantas maneras había intervenido para liberar a los hebreos, ahora ha actuado en Jesús y desde Jesús de una manera única y definitiva para salvar a todos los hombres. “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5, 19).

Ese Dios que nos resulta lejano, misterioso e inaccesible, ahora se nos ha hecho cercano y visible, de alguna manera, en la vida concreta de Jesús. << En él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente >> (Col 2, 9). Este hombre es Dios viviendo una vida humana como la nuestra. Por eso, en la persona y en la vida concreta de Jesús "se nos ha descubierto la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4).

En Jesús, Dios se ha acercado a los hombres y se ha identificado con nuestros problemas hasta tal punto que a este hombre hay que llamarlo «Enmanuel», es decir, «Dios-con-nosotros» (Mt 1,23). Dios ahora es para nosotros Jesús. Sólo en Jesús y desde Jesús se nos ofrece Dios como Salvador.

La comunidad cristiana ha sentido la necesidad de atribuir a Jesús diversos nombres y títulos que, dentro de sus limitaciones, tratan de recoger la fe de los creyentes. Recordaremos algunos: Jesús es el único *Mediador* entre Dios y los hombres (1 Tm 2, 5). El es el único *Salvador* en el que podemos poner nuestras esperanzas (Hch 5, 31; 13, 23; 4,12). Más aún, Jesús es confesado como *"Señor"*, con el mismo nombre que se le da a Dios entre los judíos de lengua griega. Jesús es el Señor, es decir el que vive ahora resucitado realizando toda la actividad salvadora que el pueblo le atribuye a Dios.

Quizás el título más significativo y el que irá adquiriendo una profundidad cada vez mayor es el de *"Hijo de Dios"*. Por una parte, nos indica que Jesús es *Hijo* obediente y fiel al Padre. Pero, por otra parte es Hijo de Dios, es decir, alguien que tiene su origen no en sí mismo sino en *Dios*, alguien que habla, actúa, vive y existe no desde sí mismo sino desde su Padre.

La búsqueda de nuevas fórmulas de fe en Jesucristo

Al entrar en contacto con otras corrientes de pensamiento distintas al judaísmo y ante la aparición de diversas deformaciones o visiones incompletas de Cristo, los creyentes se vieron obligados a hacer un esfuerzo mayor para buscar nuevas fórmulas que recogieran adecuadamente su fe en Jesucristo. No es posible seguir aquí con detalle el camino muchas veces difícil y doloroso que tuvieron que recorrer. Los grandes Concilios de Nicea (325), Constantinopla (381), Efeso (431) y Calcedonia (451) marcan los momentos más importantes de esta búsqueda.

Este último Concilio de Calcedonia fue la conclusión de todos los esfuerzos realizados en siglos anteriores y se ha convertido en punto de partida que orienta toda la reflexión posterior de los creyentes: En Jesucristo no podemos suprimir ni su carácter plenamente humano (semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado), ni su condición divina (verdadero Hijo de Dios nacido del Padre). Pero esto, lo debemos entender de tal manera que no destruyamos esa unión plena y perfecta que se da en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación.

Naturalmente, este Concilio reflexiona sobre Cristo desde los problemas que se planteaban en aquella época y habla sobre El con el lenguaje propio de aquella cultura. Sería una equivocación el limitarnos a repetir monótonamente, por pereza o seguridad, aquellas fórmulas antiguas que quizás nos pueden resultar hoy difíciles de aceptar en su verdadero significado. Pero, sería una equivocación mayor tratar de pensar nuestra fe en Cristo, prescindiendo del contenido que se encierra en la enseñanza de estos Concilios.

2. EL GRAN GESTO DE DIOS: HACERSE HOMBRE

Nunca hubiéramos sospechado nosotros hasta qué extremos Dios ama al hombre y se preocupa por nosotros. Pero, en Cristo ha sucedido algo que, bien pensado, resulta desconcertante y solo puede explicarse por amor: Dios ha querido hacerse hombre, compartir nuestra propia vida y saber por experiencia propia qué es ser hombre y qué es vivir esta vida dura, dolorosa y difícil (1 Jn 4, 9.16).

El acontecimiento decisivo de la historia

En Jesús de Nazaret, Dios ha decidido de una vez para siempre ser hombre, con todas sus consecuencias. Ya no hay un Dios cuya vida pueda discurrir al margen de la humanidad, independiente de nuestra vida. Dios ya no es Alguien que desconoce nuestra vida y no sabe "ponerse en nuestro lugar". Dios ha querido ser para siempre hombre, con nosotros y para nosotros.

Esto quiere decir que el Creador no ha querido ser solamente fuente y origen de la vida creatural. Ha querido, además, conocer personalmente cómo es la vida débil de la criatura. En Jesucristo, Dios se ha acercado al mundo creatural de una manera única, insuperable, irrepetible. En Jesús, Dios vive y se hace

presente de una manera tan total, tan inmediata y personal, que de este hombre no podemos decir solamente que es “imagen de Dios” como nosotros. En este caso, tenemos que confesar que es “Hijo de Dios”, es decir, Jesús es Dios viviendo nuestra vida humana, Dios compartiendo nuestra existencia débil de criaturas.

Para nosotros, éste es el acontecimiento decisivo de toda la historia. No ha sucedido ni podrá suceder en el mundo nada más importante. Dios ha querido, de verdad, ser nuestro hermano, pertenecer a la especie humana Dios ha querido ser uno de los nuestros y ya no puede dejar de amar y de preocuparse por esta humanidad en la que se ha encarnado y a la que El mismo pertenece.

Semejante en todo a nosotros

Dios ha querido ser hombre con todas sus consecuencias y vivir nuestra experiencia humana hasta el fondo, deteniéndose solo ante lo imposible. La Encarnación no ha sido un teatro bien montado ni un paseo de Dios por el mundo, vestido con ropaje humano. Dios no ha querido jugar a ser hombre. No ha querido vivir una vida de “superhombre”, una vida que no sea la nuestra. Dios ha querido conocer *nuestra vida*.

Por eso, Dios ha querido saber lo que es ir haciéndose hombre a lo largo de la vida, ir creciendo en edad, en conocimiento y en madurez, ir descubriendo la vida progresivamente cada vez con mayor claridad y lucidez, ir aprendiendo a vivir escuchando a los demás, dejándose enseñar por los acontecimientos, recordando la historia de su pueblo, meditando las Escrituras… (Lc 2, 40. 52).

Dios ha querido saber qué es para un hombre gozar y sufrir, trabajar y luchar, esperar y desalentarse, confiar en un Padre y experimentar su abandono (Mc 15, 34). Ha querido conocer cómo se vive desde una conciencia humana la ignorancia, la duda, la incertidumbre, la búsqueda dolorosa de la propia misión (Mt 4, 1-11); Mc 14, 32-42). Ha querido tener experiencia humana de lo que es nuestra pobre vida acosada de preguntas, miedos, esperanzas y expectativas.

Dios ha querido comprobar personalmente el sufrimiento, las limitaciones, los riesgos, tentaciones y dificultades que encuentra un hombre para ser verdaderamente humano (Heb 2, 18; 4, 15). Se ha visto sometido a los condicionamientos de carácter biológico, sicológico, histórico, cultural… que sufre todo hombre. Por eso, ha tenido que vivir su libertad humana con esfuerzo, con lucha, con trabajo, con vigilancia y oración…

Ha sufrido en su propia carne y en su propia alma las consecuencias del egoísmo, la injusticia y la agresividad que domina a los hombres. Dios sabe ahora por experiencia que el amor más limpio, generoso y servicial a los hombres puede ser siempre rechazado por ellos. Más aún. Ha querido saber cómo se vive desde la conciencia oscura y limitada de un hombre la experiencia de la fe en un Padre que parece abandonarnos en el momento del sufrimiento y de la muerte (Heb 5, 8; Mc 15, 34; Lc 23, 46).

Excepto en el pecado

En Cristo, Dios ha compartido esta vida nuestra cotidiana y desquiciada por el pecado, pero Cristo no puede ser contado entre los pecadores. En Jesús debemos excluir necesariamente todo aquello que pueda suponer desobediencia al Padre o complicidad con el pecado. Y no porque Dios no haya querido solidarizarse con el hombre hasta las últimas consecuencias sino porque en Dios es inconcebible la experiencia del pecado, ya que pecar es preferirse egoístamente a uno mismo ante que a Dios.

Lo que necesitábamos los hombres no era un Dios que nos acompañara en el pecado, el egoísmo y la injusticia, sino un Dios que se solidarizara con nosotros para liberarnos del mal.

3. JESUS, REVELACION DEL DIOS SALVADOR

Si Dios se ha hecho hombre en Jesús, tenemos que decir que Jesús es para nosotros el rostro humano de Dios, es decir, el que nos descubre a Dios con rasgos humanos.

Ese Dios al que nadie ha visto jamás, en Jesús adquiere un rostro humano y se deja ver. Quien ve a Jesús está viendo al Padre (Jn 14, 9). El Dios silencioso y oculto, cuya última realidad siempre se nos escapa ahora, en Jesús se nos aclara, nos habla y nos dirige su palabra hecha lenguaje humano. El que escucha las palabras de Jesús está escuchando la Palabra del Padre (Jn 14, 24).

Jesús es la manera humana que tiene Dios de existir y de presentarse ante los hombres. Todo lo que nosotros sabemos de Dios lo conocemos en Jesús y desde Jesús. A través de su vida, sus gestos, su actuación, su mensaje y su muerte en la cruz, descubrimos lo que es Dios para nosotros, cómo reacciona ante el hombre, cómo se interesa por nosotros, cómo busca nuestra salvación.

Uno de nuestros esfuerzos principales como creyentes, debería ser el irnos liberando de ese Dios falso y ambiguo, producto de nuestra imaginación, nuestros sueños, miedos o egoísmos, para ir descubriendo el rostro de Dios en Jesús de Nazaret.

Descubrir en Jesús que Dios es un Padre que ama al hombre desinteresadamente, sin buscar su propia utilidad. Que Dios no es un rival del hombre sino alguien interesado solamente en su liberación y salvación total. Que es alguien que sabe perdonar siempre. Que no busca ser servido sino servir. Que se pone siempre a favor del pobre, del débil, del maltratado, del que necesita ayuda. Que defiende siempre la justicia y la verdad. Que se preocupa de la salud y la felicidad última del hombre, que es capaz de ir hasta la muerte por ser fiel a su voluntad de salvar a la humanidad…

4. JESUS, REVELACION DEL VERDADERO HOMBRE

En Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, no solo descubrimos quién es Dios, sino que vamos aprendiendo también qué es ser hombre y a qué se le puede dar el nombre de humano. En Jesús descubrimos dónde está la verdadera grandeza del hombre, cuáles son nuestras posibilidades, donde está el secreto último de la vida, cómo vivir incluso lo que nos parece más inhumano: el dolor y la muerte.

El hombre, imagen de Dios

Si Dios se ha encarnado en el hombre Jesús, esto quiere decir que el hombre puede traducir, revelar y expresar de manera humana el misterio de Dios. Se nos descubre así a los creyentes la gran dignidad del hombre: ser imagen de Dios.

Vivir desde Dios y para Dios no es algo deshumanizador o alienante. La vida de Jesús es verdaderamente humana no *"a pesar de"* sino precisamente *porque vive* enteramente desde Dios y para Dios. Nosotros somos humanos en la medida en que el amor, la verdad, la justicia, la libertad y el perdón de Dios se van manifestando en nuestra vida.

El hombre, lugar de encuentro con Dios

Si Dios se ha hecho hombre, los creyentes sabemos, a la luz de Cristo, que Dios puede y debe ser encontrado en el hombre. No es necesario abandonar el mundo y alejarnos de los hombres para buscar a Dios en la lejanía del cielo. A Dios lo podemos encontrar dentro de los límites de la existencia humana.

Si Dios se ha hecho hombre en Cristo, aceptarnos plenamente como hombres y luchar por ser humanos es ya acoger a Dios. Tomar la vida humana en serio es empezar a tomar en serio a Dios. Quien acepta la vida con sus sufrimientos y alegrías, con sus trabajos e interrogantes, con sus problemas y misterios, está aceptando, de alguna manera, a ese Dios que se ha encarnado en nuestra misma humanidad.

Si Dios se ha hecho hombre en Cristo, acoger al otro hombre es ya, de alguna manera, acoger a Dios. Donde hay amor sincero, incondicional y desinteresado al hombre, allí hay amor al Dios que se ha querido hacerse hombre (Mt 25, 40. 45; 1 Jn 3, 17; 4, 7-8. 20).

5. ALGUNAS EXIGENCIAS DE NUESTRA FE EN JESUCRISTO

No podemos terminar esta breve catequesis sobre Jesucristo sin apuntar alguna de las exigencias que implica nuestra fe cristiana.

No es posible creer en un Dios que se ha hecho hombre buscando la liberación de la humanidad, y no esforzarse por ser más hombre cada día y trabajar por un mundo más humano y más liberado.

No es posible creer en un Dios que ha querido compartir nuestra vida para restaurar todo lo humano, y al mismo tiempo, colaborar en la deshumanización de nuestra sociedad, atentando de alguna manera contra la dignidad y los derechos de la persona.

No es posible creer en un Dios que se ha entregado hasta la muerte por defender y salvar al hombre y al mismo tiempo pasarse la vida sin hacer nada por nadie.

No es posible creer en un Dios que se ha hecho solidario de la humanidad y, al mismo tiempo, organizarse la propia vida de manera individualista y egoísta, ajeno totalmente a los problemas de los demás.

No es posible creer en un Dios que busca para el hombre un futuro de justicia, liberación y amor, y al mismo tiempo no hacer nada ante la situación actual tan lejana todavía de esa meta final.

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS

1. Lectura

Leer la *1 Carta de San Juan*, tratando de descubrir las exigencias de nuestra fe en un Dios encarnado.

"En esto hemos conocido lo que es amor: en que El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1 Jn 3, 16).

2. Preguntas para una reflexión

- Ante la vida y el mensaje de Jesucristo, ¿cuáles te parecen las deformaciones más importantes de nuestra imagen corriente en un Dios "desencarnado" ?

- ¿Qué exigencias concretas puede tener para un cristiano de nuestra sociedad la fe en un Dios totalmente comprometido y solidarizado con el hombre?

- ¿Cómo ir descubriendo día a día, desde Cristo, lo que es una vida verdaderamente humana?

3. Bibliografía

L. BOFF, Encarnación. *La humanidad y la jovialidad de nuestro Dios.*
(Santander, 1980). Ed. Sal Terrae.
Obra sencilla y sabrosa sobre el proyecto de Dios de hacerse hombre para encontrarse con la humanidad.

J.I. GONZALEZ FAUS, *Acceso a Jesús.*
(Salamanca, 1979). Ed. Sígueme.
Los temas fundamentales de la Cristología presentados de manera clarividente e incisiva para el hombre de hoy.